

Documento de trabajo 5/2021

9 de abril de 2021



El rompecabezas de la desigualdad social en Cuba de 1980 a 2010

Alejandro de la Fuente y Stanley R. Bailey



El rompecabezas de la desigualdad social en Cuba de 1980 a 2010

Alejandro de la Fuente | Afro-Latin American Research Institute, Harvard University.

Stanley R. Bailey | Departamento de Sociología, University of California, Irvine.

Índice

Resumen	2
(1) Introducción.....	3
(2) Raza y revolución en Cuba	5
(3) Desigualdad racial: los datos censales	7
(4) El censo de 1981.....	9
(5) Los censos de 2002 y 2012	12
(6) Desigualdad racial: más allá de las estadísticas oficiales.....	19
(7) Conclusiones.....	24
Referencias.....	27

Resumen

En la Cuba de hoy existen dos perspectivas claramente diferenciadas sobre el racismo y la desigualdad racial. Por un lado, los funcionarios del gobierno argumentan que Cuba es un país racialmente igualitario y que, si bien aún subsisten vestigios de un racismo histórico, no hay discriminación sistemática. Por el otro, actores y organizaciones de movimientos sociales denuncian que el racismo y la discriminación son sistémicos y afectan a vastos sectores de la población afrocubana. Para llevar estas dos perspectivas al terreno del diálogo académico, nuestra estrategia de análisis ha sido examinar comparativamente ambas narrativas, así como las bases empíricas en las cuales se apoyan. Utilizando por primera vez de forma sistemática los datos arrojados por los censos cubanos de 1981, 2002 y 2012, así como diversas fuentes no censales, tanto cuantitativas como cualitativas, analizamos cómo ha evolucionado la desigualdad racial en Cuba en las últimas décadas. Nuestro análisis de los datos censales sugiere que la estratificación racial tiene poco impacto en áreas como la educación, la salud, algunas ocupaciones y las posiciones de liderazgo. Sin embargo, hemos hallado que un sector privado llamativamente racializado y en expansión está generando profundas brechas en los ingresos según el color de la piel, más allá del alcance de los datos censales oficiales. Nuestro análisis permite destacar las formas en que distintos datos pueden mostrar un panorama completamente diferente sobre la desigualdad racial en un contexto dado. Más aún, también ponemos de relieve que pueden registrarse contradicciones significativas en las experiencias de vida de las personas en relación con el racismo y la desigualdad racial dentro del contexto de un mismo país.

(1) Introducción

Fue una sorpresa, incluso para quienes seguimos los acontecimientos culturales y políticos de Cuba: el 20 de noviembre de 2019, el Consejo de Ministros aprobó un “Programa nacional” contra el racismo y la discriminación racial. De acuerdo con el comunicado de prensa oficial, el objetivo del programa es “combatir y eliminar definitivamente los vestigios de racismo, prejuicios raciales y discriminación racial que subsisten en Cuba” (Díaz-Canel, 2019). Para implementar este programa, las autoridades prometieron crear una comisión gubernamental encabezada por el presidente de la República. El programa llama la atención porque las autoridades del gobierno han sido, en general, reacias a aceptar públicamente que el racismo o la discriminación constituyen un problema social en Cuba. Por ejemplo, un funcionario de alto rango, Rodolfo Reyes Rodríguez, al presentar un informe ante el Comité para la Eliminación de la Discriminación Racial (CERD, por sus siglas en inglés) de las Naciones Unidas, declaró que “en Cuba no hay discriminación racial institucionalizada ni estructural”. El funcionario atribuyó su conclusión a la “naturaleza mestiza” del pueblo cubano y al hecho de que el principio de igualdad está incorporado en todo el ordenamiento jurídico del país y en las políticas sociales de la revolución (Reyes Rodríguez, 2018; véase también Castro, 2003).

Las autoridades gubernamentales reconocen algunos de los efectos adversos del racismo en la vida y las oportunidades de las personas en la Cuba actual. Sin embargo, el discurso oficial suele restringir el alcance de esos efectos al terreno de lo que califica como “vestigios”, a errores aislados y a actitudes ancladas en un pasado muy lejano. Tal como lo ha expresado el mismo funcionario, “[a] pesar de que el país erradicó la discriminación racial institucionalizada y estructural... subsisten prejuicios raciales en la conducta y expresiones de algunas personas” (Reyes Rodríguez, 2018). Más aún, se ha postulado que el conflicto racial es una noción importada, una fabricación norteamericana que “pretende dividir a la sociedad cubana, trasladando a ella –o magnificando– conflictos inexistentes aquí, como lo relacionado con el tema racial” (Allard *et al.*, 2011). Estos discursos tienen implicaciones inequívocas. Suponen que el racismo es algo arcaico, que es incompatible con la actual organización de la sociedad cubana y no puede ser producto de ella. Es más, dan a entender que esos “vestigios” o remanentes históricos pueden ser superados mediante unas pocas acciones por parte del Estado –como ahora sugiere el Programa nacional– dirigidas a erradicar los prejuicios y actitudes de este tipo en algunos individuos, en vez de apuntar a estructuras e instituciones enraizadas en la supremacía blanca.

Activistas, intelectuales y organizaciones afrocubanas rechazan estas caracterizaciones y hacen una evaluación radicalmente opuesta acerca del prejuicio, la discriminación y la desigualdad raciales en la Cuba contemporánea. De acuerdo con su posición, el racismo sigue vigente en una dimensión institucional importante de la vida cotidiana de Cuba, y señalan que numerosas evidencias respaldan su punto de vista. Por ejemplo, afirman que “[a]mplios sectores de la población afrocubana viven en una situación de marginalidad, como consecuencia de la estructura racializada de la sociedad y la economía” (Comité Ciudadanos por la Integración Racial –CIR–, 2018). Algunos destacados activistas describieron el informe oficial presentado ante el CERD como “lamentable” y “vergonzoso”. La Cofradía de la Negritud (CONEG), una de las organizaciones afrocubanas más antiguas de Cuba, preguntó en una carta abierta al

presidente: “Si no hay discriminación y desigualdades raciales estructurales, cuyo enfrentamiento adecuado precisa de la elaboración de políticas del Estado, ¿para qué el presidente tiene que dar atención expresa a esta cuestión?” (CONEG, 2019; véase también Morales, 2018).

Aquí radica un dilema fundamental. Las organizaciones antirracistas alegan que los afrocubanos están en una posición de desventaja respecto de muchos factores socioeconómicos asociados a la movilidad ascendente, pero esta crítica no resulta congruente con los datos censales que respaldan la narrativa oficial sobre igualitarismo. Un censo nacional es una fuente de datos diseñada en el mundo entero para captar de manera única procesos nacionales, configurar políticas públicas y tener un cuadro oficial de la situación del país (Loveman, 2014). De hecho, la oficina de estadísticas oficiales de Cuba emitió un informe sobre desigualdad racial en el censo de 2012 en el que declaraba a modo de conclusión: “Con independencia que puedan presentarse vestigios de racismo y discriminación racial, los resultados generales del Censo no muestran diferenciales entre los grupos de personas según su color de piel que puedan ratificar de forma concreta que efectivamente esta problemática está presente cuantitativamente de forma crítica en la sociedad cubana actual” (Oficina Nacional de Estadísticas e Información –ONEI–, 2016, p. 62). Los actores y organizaciones de movimientos sociales, en cambio, denuncian una creciente desigualdad en sectores clave de la economía, en el mercado de trabajo y en los patrones habitacionales. Frente a los informes oficiales y los datos censales, plantean la urgente necesidad de pensar en aquellos “que padecen la desigualdad y la pobreza más allá de las estadísticas [oficiales]” (Abreu, 2019a).

¿Cómo evaluar estas visiones tan dispares sobre racismo y desigualdad en la Cuba contemporánea? Para abordar este dilema decidimos analizar distintas ventanas que nos abrían el censo y otras fuentes no censales de información sobre el tema de la desigualdad racial durante el período comprendido entre las décadas de 1980 y 2010. En cuanto al primer recurso, aprovechamos por primera vez un análisis original basado en los datos del censo de 2002 (IPUMS, 2002), la única muestra censal cubana que se encuentra a disposición de los investigadores. Asimismo, reconstruimos estimaciones clave sobre estratificación racial a partir de tablas de datos crudos y del análisis de los censos de 1981 y 2012 (INSIE, 1985; ONEI, 2016). Esta estrategia de investigación nos ha permitido trazar una comparación entre los indicadores de 1981 y 2012 y nuestros cálculos de 2002 para generar una perspectiva longitudinal sobre la estratificación racial en Cuba. Nuestro trabajo es el primero en medir de qué manera la desigualdad racial ha evolucionado en Cuba a lo largo de las últimas cuatro décadas, usando para ello estos tres puntos de datos censales. En cuanto a las fuentes de información por fuera de los censos, escuchamos las reclamaciones de los movimientos sociales y revisamos otras fuentes y análisis para abordar procesos de estratificación social por color de la piel que pueden no ser fácilmente medibles a través de los datos censales. Estas fuentes incluyen resultados de investigación publicados y otras fuentes no censales de información, tanto cuantitativa como cualitativa. También destacamos las voces y denuncias de activistas y organizaciones antirracistas que, desde hace tiempo, constituyen fuentes importantes para las investigaciones académicas.

Por lo tanto, recurrimos a los datos censales, pero también miramos “más allá” de ellos, como solicita Abreu (2019a). En general, nuestras conclusiones, basadas en los censos respaldan muchos de los principios igualitarios que dominan el discurso oficial. Sin embargo, los hallazgos que presentamos basados en otros datos respaldan indiscutiblemente un discurso alternativo: existen estructuras sociales y económicas que generan y profundizan cada vez más las desigualdades raciales en la Cuba de hoy. La incorporación estratégica de otras fuentes de datos que contrastan y contradicen los datos aportados por los censos es una contribución específica de nuestro trabajo de investigación. Este enfoque nos permite intervenir en debates académicos sobre el complejo impacto de la Revolución cubana de 1959 sobre la estratificación racial. Específicamente, nuestro enfoque nos permite avanzar más allá de análisis anteriores, que se basaban primordialmente en el censo de 1981 para medir dicho impacto (Fuente, 2001). En términos más amplios, nuestro análisis destaca cómo distintos datos pueden mostrar un panorama completamente diferente acerca de la desigualdad racial en un contexto dado, la necesidad de incluirlos en el análisis académico y la manera de hacerlo. Algunos de estos indicadores ilustran lo que el sociólogo Edward Telles (2004) ha descrito como las dimensiones horizontal y vertical de las relaciones raciales. También ponemos de relieve que pueden registrarse contradicciones significativas en las experiencias de vida de las personas en relación con el racismo y la desigualdad racial dentro del contexto de un mismo país, que van desde aquellas que reflejan éxitos loables, a las que ponen al descubierto fracasos insostenibles.

(2) Raza y revolución en Cuba

Durante décadas, académicos, activistas e intelectuales de diversas tendencias han estudiado y debatido el impacto que la Revolución cubana tuvo sobre los indicadores de bienestar e igualdad, de acuerdo con el color de la piel o la “raza”. En los años 60 y 70, este debate se centraba frecuentemente en determinar si el racismo, la desigualdad y la discriminación habían efectivamente declinado o desaparecido de la sociedad cubana, tal como afirmaban a menudo las autoridades de gobierno; o si Cuba era, como alegaban algunos observadores, una sociedad racista y racialmente polarizada. La ausencia de estadísticas e indicadores confiables hacía que muchos de estos argumentos estuvieran apoyados sobre bases muy poco firmes y absolutamente ideológicas, si bien algunos académicos intentaron producir trabajos serios sobre la cuestión (para un resumen de estos trabajos, véase Fuente, 1995, pp. 131-34).

La aparición de un corpus creciente de investigaciones ha saldado muchas de estas cuestiones al haber producido información nueva y detallada sobre el impacto contradictorio de las políticas revolucionarias en los patrones de desigualdad racial y en las oportunidades educativas, laborales y culturales para los pobres y desfavorecidos de la sociedad cubana post-revolucionaria. Estas investigaciones han demostrado que, entre los años 60 y 80, la desigualdad medible por raza se redujo significativamente en una serie de indicadores claves vinculados a la salud, la nutrición, el acceso a la educación, la movilidad ocupacional e incluso la participación en posiciones de liderazgo (Casal, 1979; Fuente, 2001; Benson, 2016). Las autoridades cubanas y los observadores que simpatizaban con el nuevo régimen, incluidos una gran cantidad de académicos, políticos y activistas afroamericanos que visitaron la isla durante aquellos

años, podían afirmar razonablemente que la Revolución cubana había dado pasos fundamentales y transformadores en pos de la erradicación del racismo y la discriminación racial en el país (Cannon y Cole, 1978). Pedro Serviat (1986), un académico afrocubano y activista de larga trayectoria, llegó incluso a afirmar que el socialismo cubano ofrecía la “solución definitiva” al “problema negro” en la isla.

Aunque muchos académicos coinciden en que la Revolución generó oportunidades significativas para los afrocubanos y para la clase pobre trabajadora, las investigaciones más recientes subrayan que las políticas de clase, universalistas, de la Revolución tuvieron un impacto limitado sobre el racismo estructural y quizá no hicieron más que normalizar la estratificación racial detrás de una fachada de igualdad socialista (Sawyer, 2006; Benson, 2016; Perry, 2016; Clealand, 2017). Estas investigaciones, escritas tras la crisis del Estado de bienestar cubano ocurrido en la década de 1990, son considerablemente más críticas respecto de los efectos a largo plazo del socialismo cubano sobre el racismo y la desigualdad.

En este sentido, el llamado “período especial” de los años 90 fue una línea divisoria. A medida que la situación económica se fue deteriorando, muchos cubanos blancos comenzaron a apelar a imágenes racistas para asignar los escasos recursos disponibles de una manera groseramente diferencial. Se valían de argumentos racistas para justificar la exclusión de los afrocubanos de los sectores más deseables y dinámicos de la economía, como el turismo y los nuevos emprendimientos que, financiados con capital privado global, empezaban a surgir, sobre todo en La Habana. Estos argumentos presentan a los afrocubanos como personas vagas y propensas al delito, naturalmente incapaces para participar y contribuir en la “nueva” economía globalizada y dolarizada. También usan argumentos estéticos vinculados a la belleza personal para negar a los afrocubanos el acceso a empleos en los que, tal como exhiben algunos anuncios racistas, “se requiere buena presencia” o se dirigen explícitamente a personas “de raza blanca” (Duharte y Santos, 1997; Pérez-Sarduy y Stubbs, 2000; Fuente y Glasco, 1997; Fernández, 1996; Sawyer, 2006; Perry, 2016; Clealand, 2017).

La racialización en la creciente desigualdad registrada a partir de los años 90 plantea cuestiones muy serias respecto de la naturaleza, la profundidad y el poder duradero de las transformaciones sociales introducidas por el socialismo cubano a partir de la década de 1960. Hoy en día resulta al menos imposible sostener, como lo hicieron durante décadas tanto las autoridades como los observadores que simpatizaban con la Revolución, que el racismo y la discriminación desaparecieron de la isla o que sólo los “vestigios” o “remanentes” de un racismo lejano siguen afectando a la sociedad cubana. Es más, si bien las movilizaciones afrocubanas no son un fenómeno nuevo (Moore, 1988; Fernández Robaina, 1990; Helg, 1995; Fuente, 2001 y 2013; Guridy, 2010; Pappademos, 2011; Benson, 2016 y 2018; Guerra, 2019), los años 90 fueron testigo del surgimiento de voces, iniciativas, proyectos, productores culturales y organizaciones que finalmente lograron consolidarse en un movimiento afrocubano diverso y potente. Los actores de esta sociedad civil afrodescendiente se vieron en la necesidad de desarrollar nuevos lenguajes para abordar un tema tabú en el discurso público y articular demandas acerca de un problema supuestamente inexistente. Los productores culturales –músicos, artistas visuales, escritores, cineastas– encabezaron estas iniciativas, que dieron lugar después a organizaciones que reclamaban derechos civiles

e igualdad racial en sus programas y documentos (Fernandes, 2006; Fuente, 2008 y 2012; Saunders, 2016; Perry, 2016; Benson, 2016; Clealand, 2017; Berry, 2019; Casamayor Cisneros, 2019).

El movimiento afrocubano ha crecido significativamente en las últimas dos décadas y se ha vuelto más diverso en términos de las problemáticas abordadas, las estrategias adoptadas, sus programas y su alcance. El mismo incluye iniciativas comunitarias, como la Red Barrial Afrodescendiente; organizaciones que ofrecen servicios especializados, como la Alianza Unidad Racial, que se especializa en asuntos jurídicos; organizaciones que ponen el énfasis en la interseccionalidad y los derechos de la comunidad LGTBQ (Alianza Racial); proyectos e iniciativas culturales como Trance, mirArte díaDía, Afropalabra, y muchas otras; organizaciones de autoayuda como El Club del Esendrú; organizaciones civiles y de derechos humanos como CONEG y el Comité Ciudadanos por la Integración Racial (CIR); organizaciones de mujeres como Afrocubanas, ahora inactiva; y capítulos regionales de organizaciones transnacionales como el capítulo cubano de la Alianza Regional Afrodescendiente de América Latina y el Caribe. Cabe destacar que esta lista ni siquiera incluye las numerosas casas religiosas que también funcionan como centros comunitarios culturales y de autoayuda en toda la isla.¹

Estos son los activistas que, en los últimos 30 años, han estado denunciando en forma incisiva la persistente incidencia del racismo y la discriminación en la sociedad cubana. Tal como se mencionó anteriormente, los activistas rechazan la visión oficial que caracteriza al racismo como un “vestigio” del pasado lejano, como si la discriminación y la exclusión fueran producto de acciones no intencionadas, no de condiciones estructurales arraigadas en la sociedad cubana contemporánea. Los académicos han observado que, si bien hay coincidencias en cuanto a que hay racismo en Cuba, “sigue siendo difícil cuantificarlo” (Clealand, 2017, p. 4). Pasamos entonces a prestar atención al análisis cuantitativo para evaluar la relación entre la demografía racial de Cuba y su estratificación social. Después de una breve discusión sobre la composición racial de la población, utilizamos los datos de los censos de 1981, 2002 y 2012 para discutir cómo ha evolucionado la desigualdad cuantificable en Cuba. En una tercera sección, ofrecemos una perspectiva alternativa sobre la dinámica y la estratificación racial que rigen en la actualidad, basada fundamentalmente en otros datos, entre los que se incluyen encuestas de menor alcance y fuentes de información cualitativa. Finalmente, destacamos de qué manera pueden usarse diferentes corpus de datos para sostener narrativas dispares sobre el racismo y la desigualdad en la Cuba actual.

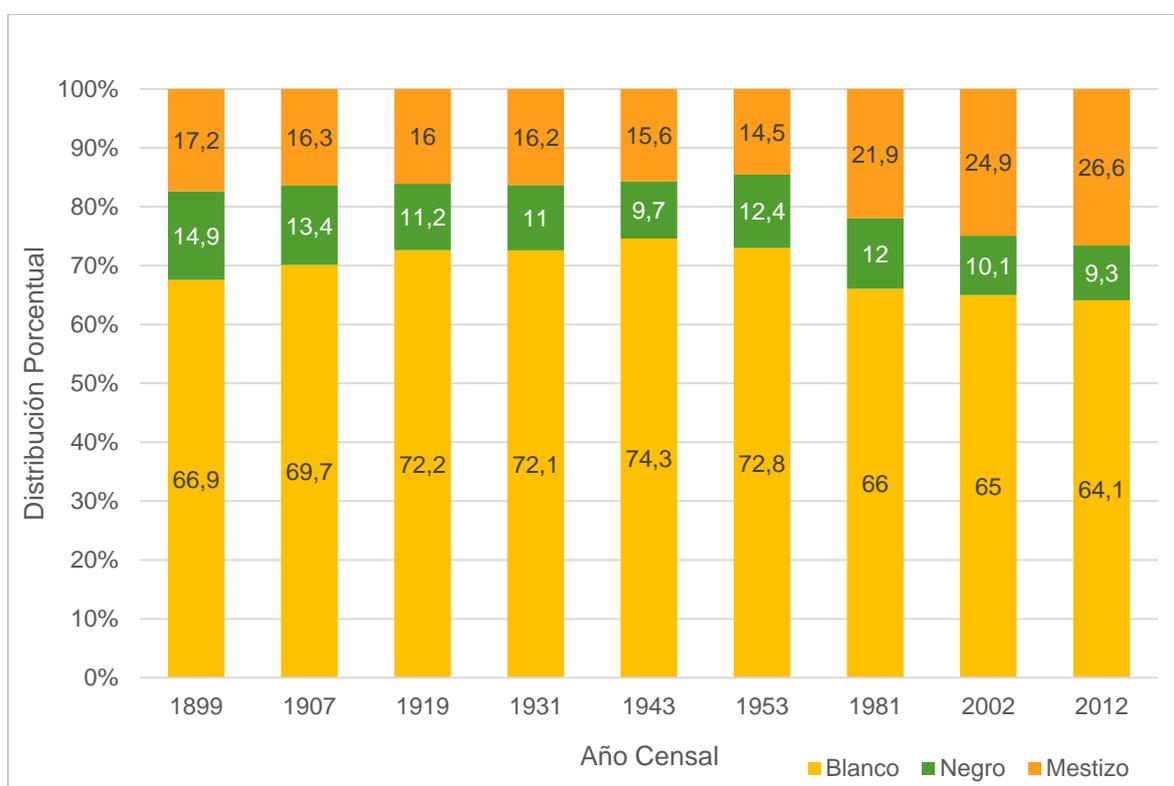
(3) Desigualdad racial: los datos censales

Cuba es el único país de América Latina que nunca realizó un censo nacional sin incluir alguna pregunta sobre la composición racial de la sociedad, consulta que ha venido

¹ Para una introducción sobre algunos de los miembros más prominentes del movimiento y sus visiones, véase Cuban Studies, nº 48 (2019). Ese número especial publica las presentaciones ante el Simposio “El Movimiento Afro-Cubano: Activismo e Investigación. Logros y Desafíos”, Harvard University, 14-15/IV/2017. Los participantes emitieron una declaración conjunta en la que plantean algunas de sus principales demandas. Véase “El movimiento afrodescendiente cubano: la reunión de Harvard”, Cuban Studies, nº 48, 2019, pp. 427-430.

realizando desde 1774 (Loveman, 2014). En este sentido se asemeja a EEUU. Pero, a diferencia de este país, en cuyos censos se utiliza el término “raza”, el censo en Cuba utiliza la frase “color de piel”. A pesar de que Cuba realizó censos en casi todas las décadas del siglo XX, la brecha informativa más grande sobre el tema del color de piel se registra durante el período comprendido entre los censos de 1953 y 1981. El censo de 1970, el primero realizado después de la Revolución, reunió información sobre el color de piel, pero sus resultados nunca fueron publicados (Chávez Álvarez y Villarreal Sandoval, 1975). La Figura 1 presenta la composición por color de piel de la población cubana de 1889 a 2012, para lo cual se usan las categorías “blanco”, “mestizo o mulato” y “negro”.²

Figura 1. Distribución porcentual de la población cubana, 1899-2012



Fuente: Censos cubanos (ONEI, 2016).

Tal como se muestra en la Figura 1, el segmento más grande de la población durante el siglo XX y lo que va del siglo XXI corresponde a la población blanca. De acuerdo con el último censo disponible (2012), el 64% de los cubanos se reconoce dentro de esa categoría, mientras que el 26,6% se autodefine como mulato o mestizo y el 9,3% como negro.³ El porcentaje de población blanca se redujo significativamente entre 1953 y

² No incluimos estadísticas sobre la población de origen asiático en la Figura 1. El censo de 1889 estimó que ese segmento ascendía al 1,0%; en 1981 cayó al 0,1% y en el censo que se inició en 2002 ya no se incorporó esta categoría (ONEI, 2016).

³ En los censos de 1953 y 1981 la variable del color de piel fue incluida por los trabajadores censales, quienes tenían la instrucción de reunir información sobre el color de piel de los miembros ausentes de la familia. Una metodología similar se utilizó en el censo de 2002. Para el censo de 2012 los propios (cont.)

1981. Esta disminución es función del aumento en las tasas de emigrados blancos, de mayores tasas de fecundidad entre los no blancos y, quizá también, de discursos dominantes de mestizaje que hicieron que el término “mestizo”, usado en 1981, tuviera mayor aceptación social (para una discusión, véase Fuente, 1985). El porcentaje de personas blancas se redujo un poco más entre 1981 (66,1%) y 2012 (64,1%), pero la proporción de población negra se redujo más aún (del 12% al 9,3%). Solo el segmento de “mestizos” se incrementó proporcionalmente durante ese mismo período (del 21,9% al 26,6%).⁴ Cabe destacar que estas tendencias se han mantenido a lo largo del tiempo a pesar de los cambios introducidos en la metodología de los censos para la recolección de datos sobre color de piel.

(4) El censo de 1981

Cuando se dieron a conocer los resultados del censo de 1981, se pudo comprobar que Cuba había avanzado notablemente en el objetivo de erradicar la desigualdad racial, entre otras formas de desigualdad social. Las políticas universales (no racialmente específicas) destinadas a transformar la estructura social que el gobierno revolucionario instrumentó en las décadas de los 60 y 70 en áreas como la salud, vivienda, educación, empleo y nutrición ofrecieron oportunidades sin precedentes a la población pobre, tanto rural como urbana, un segmento de la población en el que los afrocubanos estaban muy bien representados (Fuente, 2001). Aunque formuladas en nombre de los humildes y desposeídos, algunas de estas políticas estaban dirigidas especialmente a espacios tradicionales de pobreza afrocubana, como la eliminación de los llamados barrios marginales (Guerra, 2012; Horst, 2016), o la implementación de planes para la formación profesional de ex empleadas domésticas y trabajadoras sexuales, actividades que a menudo representaban la única oportunidad de empleo posible para las mujeres afrocubanas en la Cuba republicana (Hicks, 2017).

En términos de desigualdad cuantificable, algunas de estas políticas produjeron resultados que sencillamente asombrosos. Por ejemplo, a principios de la década de 1980, la esperanza de vida entre blancos y no blancos (definidos en el censo como negros –el 12% del total– y mestizos –el 22%–) era casi idéntica, con sólo un año de diferencia a favor de la población blanca. Si se compara con las cifras correspondientes a otras sociedades multirraciales del continente americano, como las de Brasil y EEUU, la brecha en éstas últimas era considerablemente mayor (entre seis y siete años en ambos casos; Andrews, 1992; Fuente, 2001). La esperanza de vida depende, en gran medida, de las tasas de mortalidad infantil, de modo que estos cálculos suponen que las cifras de mortalidad infantil en Cuba son razonablemente precisas, una creencia que es ampliamente compartida, aunque no en forma universal (González, 2015; Cooper *et al.*, 2006).⁵ Pero también depende del acceso a los servicios de salud, de una adecuada

encuestados son quienes proporcionan esa información. Para más información sobre los censos de 1953 y 1981, véase Fuente (1985). Para el censo de 2002, ONEI (2005), y para el de 2012, ONEI (2014, 57).

⁴ A lo largo de este trabajo mantuvimos los términos originales utilizados en castellano para las categorías raciales o color de piel a fin de garantizar claridad. Utilizamos la expresión “no blancos” o “afrocubanos”, términos adoptados por muchos actores de los movimientos sociales, para referirnos a quienes se identifican en los censos como negros y como mestizos o mulatos.

⁵ González (2015) postula que las autoridades cubanas manipulan los índices de mortalidad fetal tardía y mortalidad neonatal precoz para reducir los índices de mortalidad infantil (MI). Como consecuencia, González afirma que “el índice de MI informado por Cuba parece muy engañoso”.

nutrición y de la educación, áreas en las que la distribución social de bienes y servicios fue altamente igualitaria.

De hecho, en relación con la educación, las cifras cubanas también exhibieron niveles de igualdad sin parangón en otros países. El amplísimo sistema de educación pública, que abarcó a todo el país, había logrado eliminar básicamente todas las diferencias raciales en términos de asistencia escolar y desempeño académico a lo largo de todo el trayecto educativo, desde el nivel de la alfabetización básica y la escuela primaria hasta el nivel universitario.⁶ La proporción de blancos con títulos universitarios era en 1981 más alta que la de no blancos, pero esa diferencia era significativamente más baja en Cuba (1%) que en Brasil (7%-8%) o en EEUU (10%). La reducción de la brecha educativa también tuvo un impacto en la distribución de empleos, lo que dio lugar a una estructura ocupacional que, si bien no era igualitaria, era considerablemente menos desigual que en Brasil y EEUU.

La proporción de no blancos en puestos técnicos y profesionales en Cuba era idéntica a la proporción de blancos, mientras que en Brasil la población blanca triplicaba a los no blancos en esas ocupaciones. La distribución de los puestos administrativos por color de piel favorecía más a los blancos en los tres países, pero la brecha racial en Cuba (una diferencia del 5% entre blancos y no blancos) era, nuevamente, más baja que en Brasil (donde la diferencia era del 12%) y ligeramente más baja que en EEUU (6%). En cambio, los negros eran más numerosos que los blancos y mestizos en las tareas manuales no agrícolas. Sin embargo, en líneas generales, la estructura ocupacional cubana de principios de la década de los 80 era notablemente igualitaria en términos raciales.

Más aún, dado que la mayoría de estos puestos formaban parte del inmenso sector público, los salarios en Cuba estaban mayoritariamente regulados por la ley. Dichas regulaciones se aplicaban de manera uniforme en toda la isla, independientemente de cualquier circunstancia personal. Es decir, a diferencia de otros países, la estructura ocupacional de Cuba era una pieza clave para la igualdad de ingresos. Así funcionaba no sólo en relación con el color de piel, sino también con el género y el territorio. El sector público cubano, que empleaba a más del 90% de la fuerza laboral en la década de 1980, era un pilar fundamental de la igualdad social en la isla. Hoy, el porcentaje de la población cubana que trabaja en el sector estatal tal vez no supera el 70% (Fuentes Puebla, 2019).

Otro factor importante que contribuyó a la reducción de la desigualdad racial fue la migración. Las primeras olas de exiliados eran mayoritariamente blancas (en los años 60 el 87% de los emigrantes eran blancos, en comparación con el 73% en la población total, de acuerdo con el censo de 1953). El 96% de los cubanos que vivían en EEUU en 1970 se identificaban como blancos. Estos exiliados venían de sectores sociales privilegiados en términos educativos y ocupacionales. El personal profesional y gerencial representaba el 9% de la población empleada, conforme al censo de 1953,

⁶ El sistema educativo cubano se expandió y mejoró significativamente en una serie de indicadores importantes, no solo en relación con la métrica de la desigualdad racial. En general, las estadísticas cubanas en materia de educación son consideradas fiables (Aguirre y Vichot, 1998).

pero alcanzaba el 31% entre los exiliados que salieron del país entre 1959 y 1962. En el otro extremo del espectro ocupacional, los trabajadores de la agricultura y la pesca (el 42% en el censo de 1953) representaban apenas el 4% de esos primeros exiliados (1959-1962). Aunque el número de cubanos de otros sectores menos privilegiados que emigró a EEUU se incrementó a fines de los años 60 y a lo largo de la década de los 70, la emigración de blancos de clase media y alta tuvo un impacto automático (no deliberado) sobre los indicadores de desigualdad, que se redujeron artificialmente en consecuencia. La emigración de esa gran cantidad de profesionales y personal gerencial creó un vacío que representó una importante oportunidad para la movilidad social, sin las tensiones sociales y raciales que suelen desencadenar este tipo de transformaciones (Aguirre, 1976; Pedraza, 1996).

Estos cambios afectaron la composición racial de, al menos, algunas de las estructuras de poder, que eran considerablemente menos desiguales en Cuba que en EEUU y en Brasil. Hacia mediados de los años 80, los afrocubanos representaban alrededor del 28% del total de miembros del cuerpo legislativo de Cuba, la Asamblea Nacional del Poder Popular y del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Este porcentaje era inferior a su proporción en la población total (34%), pero no por mucho (Casal, 1979; Fuente, 2001). En cambio, en la Cámara de Diputados de Brasil (1983-1987) menos del 1% de sus miembros eran no blancos, aun cuando, por aquel entonces, este segmento representaba alrededor del 45% de la población del país (Johnson III, 1998). En EEUU el 97° Congreso (1981-1983) tuvo 19 miembros afroamericanos en la Cámara de Representantes (el 4% del total) y ni un solo senador.⁷

Si bien la mayoría de los académicos aceptan estas mediciones, es menos claro si las mismas transmiten cómo los cubanos comunes y corrientes experimentaron las diferencias raciales durante esos años. Los profundos cambios estructurales implementados por las políticas sociales de la Revolución afectaron áreas claves de la vida nacional, pero los espacios y las prácticas institucionales racializadas continuaron vigentes. Por ejemplo, los jóvenes afrocubanos eran criminalizados en mayor porcentaje que los blancos. Los patrones habitacionales continuaron siendo sumamente desiguales, ya que reproducían la distribución residencial racializada de los núcleos urbanos prerrevolucionarios. Las parejas interraciales gozaban de poca aprobación social. El Estado era partidario de un enfoque gradualista hacia la integración racial a fin de evitar la oposición de los blancos, lo que permitió la reproducción de las prácticas y creencias supremacistas blancas (Fernández, 1996; Fuente, 2001; Benson, 2016).

Asimismo, la asociación entre el igualitarismo socialista y el fin del racismo generó políticas que combatían, incluso reprimían, las expresiones culturales afrocubanas, especialmente aquellas que alimentaban movimientos identitarios similares a los que se registraban en otros países latinoamericanos o en EEUU (Hanchard, 1994; Alberto, 2009; Clealand, 2017). Hacia fines de la década de los 60 y principios de los 70, la cultura oficial describía las prácticas populares, las formas de socialización y las creencias afrocubanas en términos abiertamente peyorativos, caracterizándolas como

⁷ Casa de Representantes de EEUU (2020), "Black American Representatives and Senators by Congress, 1870-present", <https://history.house.gov/Exhibitions-and-Publications/BAIC/Historical-Data/Black-American-Representatives-and-Senators-by-Congress/> (último acceso 15/1/2020).

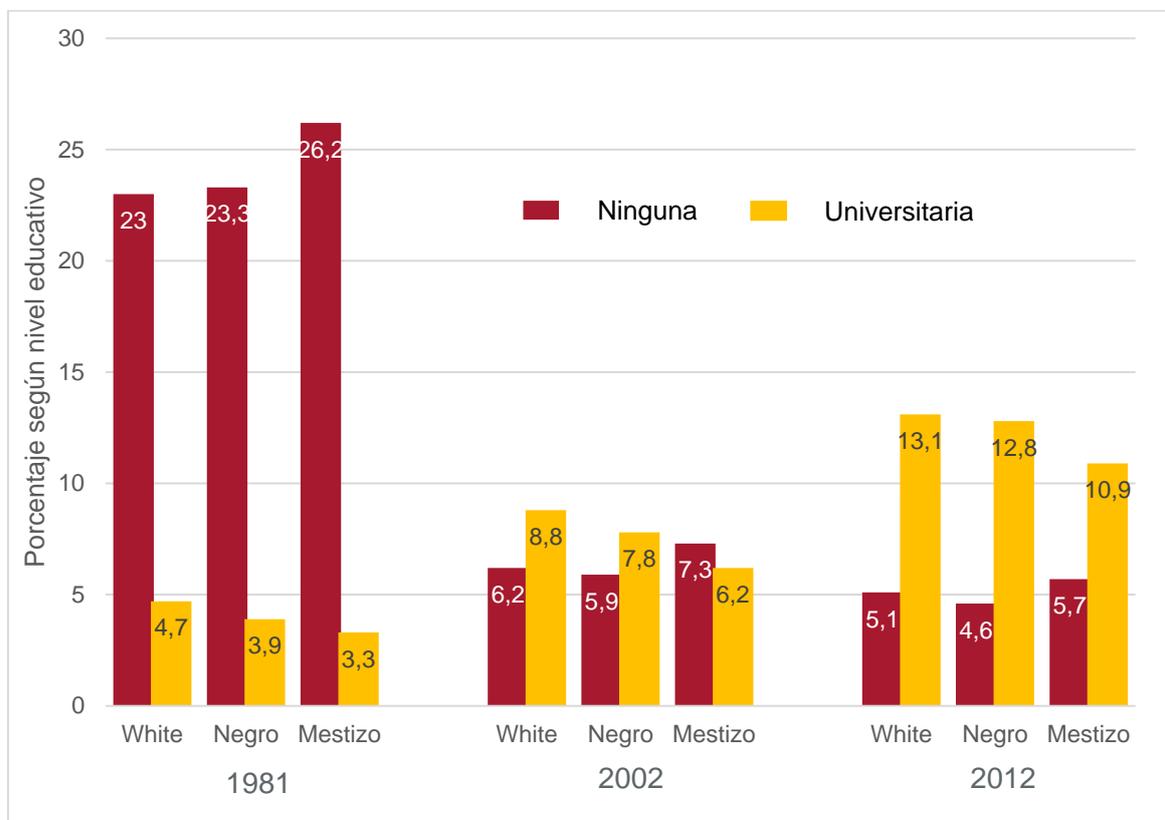
obstáculos para la creación de una sociedad socialista moderna. Quienes profesaban la santería y otras religiones afrocubanas eran considerados socialmente peligrosos y, por lo tanto, eran objeto de prácticas abiertamente discriminatorias, lo que contribuyó a reproducir los valores y las actitudes culturales tradicionalmente eurocentristas que alimentaban las nociones de la supremacía blanca y la inferioridad negra (Moore, 1988; Pérez-Sarduy y Stubbs, 2000; Ayorinde, 2004; Fuente, 2013; Benson, 2018; Guerra, 2019).

Si bien las políticas socialistas de igualitarismo de los años 60 a 80 lograron transformar muchas métricas de desigualdad, el racismo seguía siendo parte del tejido social cubano cuando el Estado de bienestar se colapsó en la década de 1990. Los cubanos de todos los colores y todos los estratos socioeconómicos se vieron forzados a competir por los escasos recursos disponibles y por las limitadas oportunidades existentes. Pero afrontaron la crisis en condiciones de desigualdad, sobre todo en términos del acceso a recursos clave. Más aún, los cubanos comunes y corrientes estaban suficientemente familiarizados con el lenguaje y los imaginarios racistas para usarlos tan pronto como sintieron la necesidad de competir por los trabajos más deseables en la nueva economía orientada a los servicios.

(5) Los censos de 2002 y 2012

Nos resultó llamativo descubrir que, de acuerdo con los datos censales, Cuba siguió siendo notablemente igualitaria en las primeras décadas del siglo XXI, aun después del impacto devastador del denominado “período especial” de la década de los 90. Antes de intentar explicar estos resultados, examinaremos la evidencia disponible, comparando los datos de los censos de 1981, 2002 y 2012. Comenzamos con la educación, una de las áreas paradigmáticas de éxito de la Revolución cubana. La Figura 2 ofrece una ventana preliminar para apreciar las transformaciones de la estructura educacional cubana. Entre 1981 y 2012 la proporción de personas de 10 a 49 años que no había completado su educación primaria se redujo drásticamente. En 1981 entre un cuarto y un quinto del total entraba en esa categoría, es decir, personas que llegaron a la edad adulta antes de la expansión de las oportunidades educativas que tuvo lugar en las décadas de los 60 y 70. Hacia el año 2002 ese porcentaje se redujo sustancialmente (6%-7%), pero lo más importante, a los efectos de nuestra investigación, es el hecho de que esta reducción abarcó a todas las categorías raciales de manera homogénea. Esta es una de las áreas en las que el llamado “período especial” no parece haber producido efectos racialmente diferenciados.

Figura 2. Porcentaje de población de 10 a 49 años según nivel educativo más alto terminado completamente, por color de la piel, 1981, 2002 y 2012



Fuente: Censos cubanos, 1981 (ONEI, 2016), 2002 (IPUMS, 2002) y 2012 (ONEI, 2016).

De hecho, los resultados de los censos de 2002 y 2012 indican que la desigualdad racial en la esfera educativa se mantuvo muy baja entre 1981 y 2012. Esta situación se observa en todos los niveles, incluido el universitario, tal como ilustra la Figura 3. En 1981 la población blanca estaba, en cierta medida, sobrerrepresentada entre quienes tenían un título universitario. Hacia 2012 la proporción de personas con título universitario resultó casi idéntica entre el segmento de cubanos definido en el censo como negros (12,8%) y el de blancos (13,1%), si bien la proporción era menor entre los mestizos (10,9%). “La diferencia entre blancos y no blancos es de 0,7%, cifra poco significativa como para indicar que existe inequidad o discriminación en el acceso a la educación superior según el color de piel de las personas”, dice el informe del censo (ONEI, 2016, p. 27).

Figura 3. Porcentaje de la población de 10 a 49 años según nivel educativo más alto terminado completamente, por color de piel, 1981, 2002 y 2012

	Blanco			Negro			Mestizo		
	1981	2002	2012	1981	2002	2012	1981	2002	2012
Ninguna	23.0	6.2	5.1	23.3	5.9	4.6	26.2	7.3	5.7
Primaria	22.7	17.2	10.9	18.6	14.9	9.6	20.0	18.5	11.6
Media general	42.1	51.5	54.0	45.8	53.7	55.5	43.6	52.9	55.8
Técnica	7.5	16.3	16.9	8.4	17.7	17.6	6.9	15.2	15.9
Universitaria	4.7	8.8	13.1	3.9	7.8	12.8	3.3	6.2	10.9

Nota: recalculamos las cifras de 2002 utilizando la muestra pública del censo porque las incluidas en la tabla 27 en ONEI (2016) son incorrectas: corresponden a la población en su conjunto, es decir, no restringidas a la cohorte de edad de 10 a 49 años.

Fuente: Censos cubanos, 1981 y 2012 (ONEI, 2016, tabla 27), y 2002 (IPUMS, 2002).

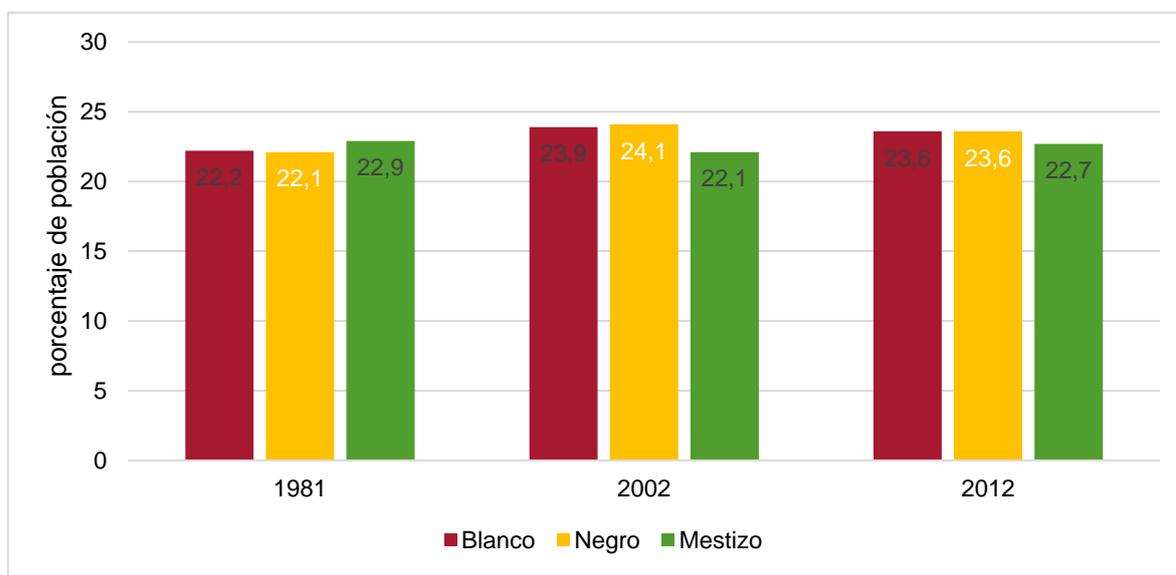
Los categorizados como negros y mestizos en el censo de 2012 también aparecen bien representados en los niveles avanzados de posgrado. Alrededor de un tercio de todos los graduados universitarios habían cursado estudios de posgrado, y la proporción se mantenía muy pareja en todas las categorías raciales (33% blancos, 32% negros y 30% mestizos). Aproximadamente el 12% completó una maestría, y la brecha entre categorías resultó mínima (12% en el caso de blancos y mestizos y 13% en el caso de negros). Entre la población que alcanzó un título de doctorado, la proporción de blancos (2,7%) fue ligeramente mayor que entre el segmento de negros (2,1%) y mestizos (1,9%) (ONEI, 2016, tabla 9).

La desigualdad racial parece mínima en todos los niveles de escolaridad. No obstante, cabe señalar que, de 1981 a 2012, los negros estuvieron ligeramente sobrerrepresentados en dos sectores del sistema educativo que no son particularmente prestigiosos y que normalmente no facilitan el acceso a buenas oportunidades laborales: el magisterio y la educación técnica. La formación técnica suele ser la meta de quienes no ingresan o no pueden ingresar a la universidad. Negros y también mestizos están sobrerrepresentados entre los obreros calificados, es decir, entre aquellos que buscan algún tipo de formación técnica en el nivel de la educación secundaria. En 2012, entre la población de más de seis años, el 1,1% de blancos eran obreros calificados, en comparación con el 1,8% de negros y el 1,6% de mestizos; es decir, su representación era muy pareja (ONEI 2016, tabla 8).

El acceso igualitario al sistema educativo permite explicar por qué la estructura ocupacional sigue mostrando muy bajos niveles de desigualdad por color de piel. Como se muestra en la Figura 4, las ocupaciones más prestigiosas continuaron mostrando altos niveles de igualdad durante las tres décadas analizadas en este trabajo. En 1981 la proporción de blancos que se desempeñaban como profesionales, científicos y técnicos (22%) era idéntica al porcentaje de negros y ligeramente inferior a la de mestizos (23%). En 2002 y 2012 las diferencias siguieron siendo inferiores al uno por

ciento, si bien en este caso la categoría de mestizos ocupó el último lugar. No sólo la proporción de individuos en estas ocupaciones se mantuvo estable a lo largo del tiempo, sino que la distribución por color de piel apenas se modificó.

Figura 4. Porcentaje de la población ocupada según categoría ocupacional de profesionales, científicos y técnicos, por color de la piel, 1981, 2002 y 2012



Fuente: Censos cubanos de 1981 (INSIE, 1985), 2002 (IPUMS, 2002) y 2012 (ONEI, 2016).

En las categorías correspondientes a dirigentes y gerentes, la desigualdad por color de piel se redujo entre 1981 y 2012. En 1981 el 13% de blancos ocupaban esas posiciones, comparado con el 7% de negros y el 9% de mestizos. La brecha racial en estas ocupaciones se redujo significativamente hacia el año 2002, cuando la proporción de no blancos (9%) se acercó a la de los blancos (11%). En 2012 prácticamente desapareció, pues la brecha entre blancos y no blancos se redujo a menos del 1%. Es posible que detrás de estas tendencias haya esfuerzos más o menos sistemáticos por parte del Estado. A partir de 1986, cuando el Tercer Congreso del Partido Comunista reconoció la necesidad de promover un mayor número de personas negras y mestizas, jóvenes y mujeres a posiciones de liderazgo, los funcionarios cubanos han hecho referencia a la necesidad de prestar atención a estos asuntos. Raúl Castro (2009, 2011) calificó de “vergonzosa” la baja representación de afrocubanos en puestos de dirección. Volvió a mencionar el tema en su informe ante el Séptimo Congreso del Partido Comunista en 2016, cuando instó a combatir “cualquier vestigio de racismo que obstaculice o frene el ascenso a cargos de dirección de los negros y mestizos” (Castro, 2016).

Como en 1981, los no blancos estaban ligeramente sobrerrepresentados en algunas de las ocupaciones manuales menos prestigiosas, pero las diferencias siguieron siendo relativamente menores e incluso parecen haber disminuido con el tiempo. En 1981 el 23% de blancos, el 29% de negros y el 24% de mestizos hacían trabajos manuales no agrícolas. En 2002 esos porcentajes eran el 21%, el 24% y el 21%, respectivamente. Las diferencias se achicaron significativamente hacia 2012, cuando se censó al 17% de blancos, el 19% de negros y el 17% de mestizos en estas tareas. La participación de no

blancos en algunos de los sectores económicos menos gratificantes, como la construcción, se mantuvo bastante uniforme: el 41% en 1981 frente al 44% en 2012.

Cuba también siguió mostrando niveles mínimos de desigualdad racial en otro indicador importante: la esperanza de vida. Aunque la brecha entre blancos y negros se incrementó entre 1981 y 2005 (véase la Figura 5), era la más baja al compararla con la de Brasil (donde se redujo considerablemente durante este período, aproximadamente a la mitad) y con la de EEUU (que hacia 2005 registró la brecha racial más grande, equivalente a 5,1 años). Más aún, de acuerdo con estas estimaciones, la esperanza de vida de los cubanos negros y mestizos era más alta que la de los brasileños blancos y cercana a la de los blancos estadounidenses.

Figura 5. Esperanza de vida por color de piel/raza, Cuba, Brasil y EEUU, 1980 y 2005

País	1980			2005		
	Blanco	Negro	B-N	Blanco	Negro	B-N
Cuba	71.2	70.2	1.0	78.2	75.8	2.4
Brasil	66.1	59.4	6.7	74.9	71.7	3.2
EEUU	74.4	68.1	6.3	77.9	72.8	5.1

Nota: para Cuba y Brasil, "negro" incluye mestizos, mulatos o pardos.

Fuente: Fuente (1995), Andrews (2014) y Albizu-Campos (2008).

Aún más sorprendente es el hecho de que, de acuerdo con los datos de los censos correspondientes a 2002 y 2012, la situación general de la vivienda de blancos y no blancos era muy similar. Como indica la Figura 6, la desigualdad por color de piel era mínima en términos de cantidad de integrantes por familia, tamaño del hogar y, quizá más importante, la cantidad promedio de personas por habitación, un indicador crucial del hacinamiento. Este promedio creció alrededor de un 30% entre 2002 y 2012, lo cual, dado el escaso crecimiento demográfico durante esos años, probablemente sea un indicio del creciente deterioro del parque habitacional de la isla y de la insuficiente construcción de viviendas nuevas. Pero a los fines de nuestro trabajo, el punto importante a destacar es que este aumento fue experimentado por todos los grupos de manera similar. En otras palabras, no afectó de forma desproporcionada a ningún grupo racial.

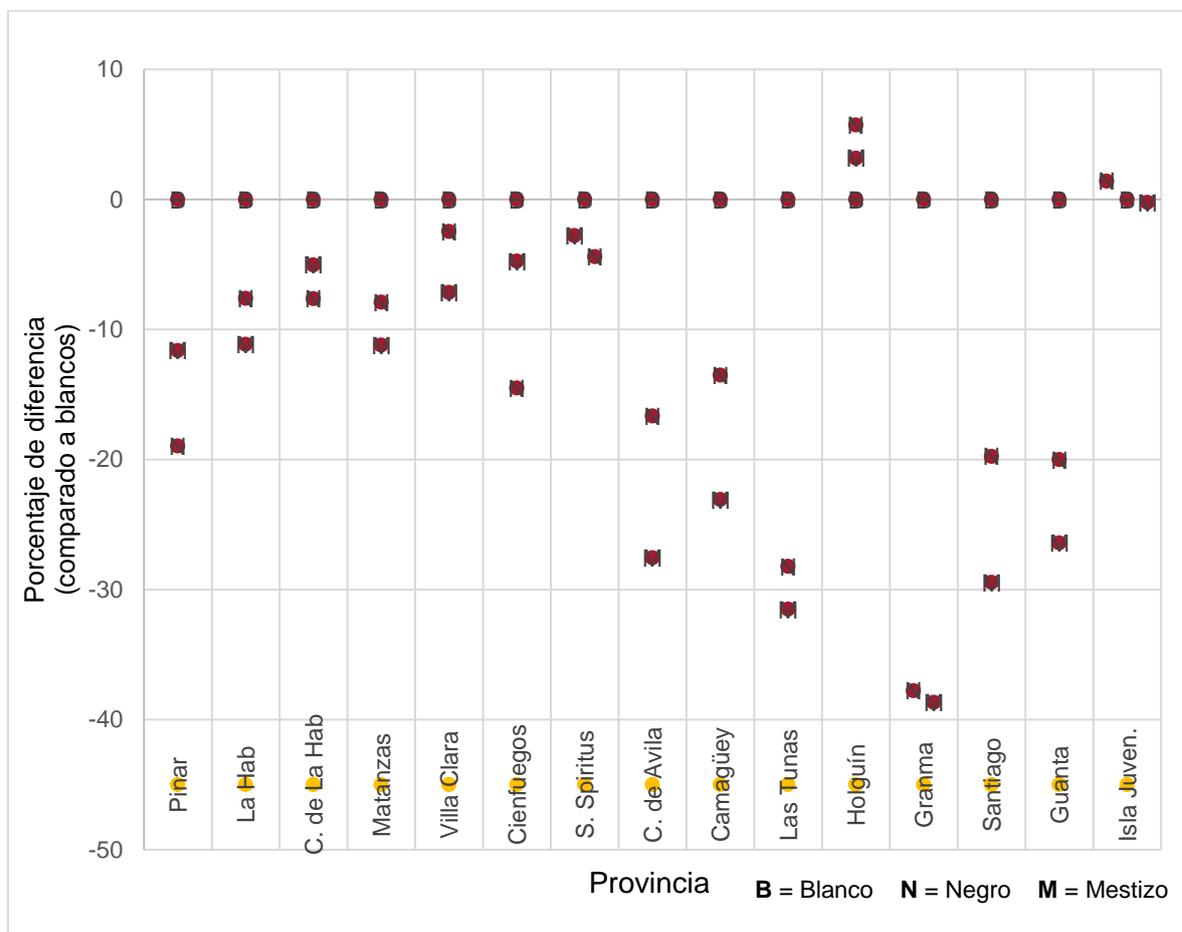
Figura 6. Indicadores de hacinamiento según el color de la piel del cabeza de familia, 2002 y 2012

Año	Promedio de personas por					
	Vivienda		Hogar		Piezas para dormir	
	2002	2012	2002	2012	2002	2012
Total	3.1	3	3	3	1.3	1.7
Blanco	3	2.9	3	2.9	1.3	1.7
Negro	3.1	3.1	3	2.7	1.4	1.8
Mestizo	3.1	3.1	3.1	3.3	1.3	1.8

Fuente: Censos cubanos de 2002 (IPUMS 2002) y 2012 (ONEI 2016).

No obstante, en cuanto a ciertos indicadores relativos a la vivienda, las diferencias raciales son bastante mayores. Por ejemplo, si se considera el acceso de las familias al agua corriente (2012), resulta evidente que hay una brecha entre blancos y mestizos, que conforman la mayoría de la población de no blancos. El 85% de las familias encabezadas por una persona blanca tiene acceso a agua corriente, comparado con el 80% de los hogares de mestizos (el porcentaje entre los que se autoidentifican como negros es sorprendentemente alto: un 88%.) Si nos detenemos a observar la calidad del servicio, las diferencias son mayores. El 62% de los hogares encabezados por una persona blanca tiene agua corriente dentro de la vivienda, en comparación con el 53% de los hogares de mestizos. El porcentaje en el caso de los hogares de personas negras es del 63%. En cambio, un porcentaje más alto de hogares encabezados por no blancos tiene acceso a agua corriente fuera de la vivienda. Estos resultados eran bastante similares en 2002, cuando el 62% de los hogares encabezados por blancos tenía agua corriente dentro de la vivienda, comparado con el 59% en el caso de una familia negra y el 47%, en el de una mestiza. La brecha es particularmente notable en algunas de las provincias, incluida la ciudad de La Habana, donde vive cerca del 20% de la población del país. Pero, como muestra la Figura 7, la brecha racial es, en general, constante en toda la isla, lo que sugiere que los no blancos viven en viviendas de menor calidad que los blancos. El acceso al agua corriente dentro de la vivienda impacta en otros servicios, como la disponibilidad de instalaciones sanitarias de uso exclusivo dentro del hogar, situación que en 2012 incluía al 75% de los hogares encabezados por personas blancas (porcentaje idéntico entre las familias negras), comparado con el de los hogares de mestizos (el 62%). La Figura 7 también muestra la importancia de las diferencias por región en las mediciones de desigualdad racial, una dimensión interesante que escapa al alcance de este trabajo.

Figura 7. Porcentaje de la población con agua por tubería dentro del hogar. por color de la piel y provincia, 2002



Fuente: Censo cubano de 2002 (IPUMS, 2002).

En líneas generales, nuestro análisis de los datos censales proyecta la imagen de un país que sigue siendo racialmente igualitario en varias mediciones vinculadas al estatus socioeconómico. De hecho, hay indicadores que en la actualidad muestran niveles de igualdad mayores que los observados en 1981, cuando el Estado socialista de bienestar cubano tenía plena capacidad para intervenir, financiado como estaba por los generosos subsidios soviéticos. La desigualdad racial se mantuvo muy baja o en franco descenso en el área educativa, en el acceso a los servicios de la salud y en el campo de la nutrición, como lo demuestran las cifras sobre esperanza de vida, la estructura ocupacional y los indicadores de hacinamiento en las viviendas. Más aún, entre 1981 y 2012, el porcentaje de no blancos en posiciones gerenciales aumentó, llegando a niveles virtualmente idénticos al de los blancos. Los afrocubanos también estaban bien representados en los órganos de gobierno, incluida la Asamblea Nacional y el Consejo de Ministros (Guerrero, 2018; Robles y Ahmed, 2018). Esto ha quedado bien ilustrado en un estudio publicado en 2001 que tuvo por objeto evaluar “las diferencias raciales en las oportunidades y condiciones de vida” en Cuba entre 1.023 inmigrantes recientes a EEUU (es decir, que en 1998-1999 llevaban como máximo tres meses en EEUU): los autores no encontraron “diferencias estadísticamente significativas entre las razas en cuanto a las dimensiones de bienestar económico y oportunidades de vida” (Aguirre y Bonilla Silva, 2002, p. 320). Los inmigrantes, concluyeron estos autores, venían de una sociedad racialmente igualitaria.

(6) Desigualdad racial: más allá de las estadísticas oficiales

Nuestros resultados del análisis de los datos censales contradicen gran parte de lo que sabemos por otras fuentes acerca de la evolución de la desigualdad racial en Cuba a partir de la década de 1990. A principios de los años 2000 se reconocía ampliamente que la desigualdad racial se había incrementado en Cuba y que proliferaron diferentes formas de discriminación racial en el empleo, sobre todo en la llamada “economía emergente” (turismo y sector privado), que son parcialmente responsables de la creciente brecha en los ingresos, de acuerdo al color de la piel, que caracteriza a la sociedad cubana (Fuente, 2011).

En coincidencia con esa evaluación, numerosos activistas han argumentado, en reiteradas ocasiones, que blancos y no blancos gozan hoy de oportunidades sumamente desiguales en materia de ingresos, consumo, movilidad y acceso a recursos de inversión. Dando seguimiento a los reclamos de estas organizaciones y activistas, utilizamos otras fuentes de información para abordar los procesos de estratificación social por color de piel que no son rápidamente perceptibles y/o medibles con los datos censales. Entre estas fuentes se cuentan investigaciones publicadas a partir de datos no censales, tanto cuantitativos como cualitativos, así como los testimonios y denuncias de las organizaciones y activistas de movimientos sociales. En este trabajo postulamos que estos datos reflejan relaciones sociales y realidades que coexisten en tensión con algunos principios igualitarios del discurso oficial de Cuba y que hallan eco en el análisis que hemos hecho de los datos censales aquí presentados.

Una vez más comenzamos por la educación. En octubre de 2019, Miriam Nicado, la rectora de la Universidad de La Habana, de ascendencia africana, generó atención en las redes sociales cuando denunció públicamente el bajo porcentaje (de sólo el 4,8%) de negros y mestizos que asistían a la institución de enseñanza superior bajo su dirección (Cabrera Pérez, 2019). Los estudios que usan datos oficiales sobre matrícula revelan que en la Universidad de La Habana, en la última década, la proporción de no blancos entre los estudiantes universitarios se redujo. De acuerdo con uno de estos estudios, la población blanca representaba el 57,5% de todos los estudiantes en 2010 y subió al 73% en el año académico 2013-2014. En los exámenes de admisión para el siguiente año académico (2014-2015), aprobó el 56% de los estudiantes blancos comparados con el 46% de mestizos y el 36% de negros (Almeida Junco, 2019). Esta ha sido una de las quejas de los activistas antirracistas cubanos, quienes alegan que los exámenes de admisión limitan las oportunidades de los no blancos y los pobres, que no pueden afrontar el costo de contratar a profesores o tutores privados para su preparación. La CONEG denunció el acceso desigual de afrocubanos a “carreras universitarias de ‘primer nivel’” en una carta dirigida al presidente de la Asamblea Nacional en 2006 y, al año siguiente, exigió “el acceso proporcional de miembros de familias pobres a los centros estudiantiles de excelencia” (CONEG, 2009).

A pesar de las tendencias igualitarias que mencionamos anteriormente, en el último censo encontramos evidencias de creciente desigualdad cuando comparamos los niveles de desempeño educativo entre los jóvenes de 25 a 29 años en relación con la población general (seis y más). Las personas de esa cohorte etaria nacieron en los años anteriores al período especial (ca. 1983-1987) e ingresaron al sistema escolar público entre las décadas de 1990 y 2000. Los resultados de la Figura 8 muestran que en la población general los negros en 2012 estaban sobrerrepresentados en el nivel

universitario, superando a blancos y mestizos, mientras que estos últimos estaban claramente subrepresentados. Sin embargo, cuando nos centramos en la cohorte de 25 a 29 años, detectamos una dinámica muy diferente: la sobrerrepresentación de negros en el nivel universitario desaparece y es reemplazada por la tendencia contraria, es decir, aparece la desventaja por ser negro. Estos resultados sugieren que los afrocubanos han ido perdiendo el acceso a la educación superior, tal como plantean los activistas, los investigadores y la rectora Nicado.

Figura 8. Índice de representación, nivel educativo completado, por color de piel, 2012

	Población de 25-29 años			Población de 6 años y más		
	Blanco	Negro	Mestizo	Blanco	Negro	Mestizo
Primaria	94	109	109	103	92	95
Media general	98	103	104	98	106	103
Técnica y profesional	102	97	97	100	111	97
Media normal	91	125	110	96	129	99
Universitaria	105	94	92	103	111	89

Nota: Índice de representación: porcentaje en cada categoría dividido por porcentaje en la población.

Fuente: Censo cubano, ONEI (2016).

Podemos llegar a una mejor comprensión de las desigualdades raciales en el campo de la educación si estudiamos los efectos racialmente dispares que han producido los cambios en las políticas educativas y que pueden haber afectado más directamente a esta cohorte que a la población general en materia de acceso a la educación superior. Específicamente, desde el año 2000 al 2010, Cuba introdujo mecanismos amplios y flexibles para la admisión universitaria a través de la llamada “municipalización” de las universidades o “sistema universitario municipal”. El objetivo de esta política educativa era incrementar el acceso a las universidades de los sectores menos favorecidos de la sociedad, eliminando los exámenes de ingreso y creando oportunidades de instrucción en distintas localidades del país. Este plan multiplicó las oportunidades para acceder a la educación superior, lo que generó un aumento significativo en la cantidad de alumnos matriculados, pero lo hizo a expensas de la calidad. Por ejemplo, hay evidencia fragmentaria pero elocuente que sugiere que el porcentaje de no blancos que accedieron a la universidad a través del sistema municipal, de baja calidad, casi duplicó el porcentaje de quienes obtuvieron una vacante a través del sistema de examen de admisión regular. Más aún, el aumento en la matrícula oculta una mayor inequidad en el acceso a las instituciones regulares, sobre todo a las más importantes y prestigiosas, como la Universidad de La Habana. La CONEG (2009) justamente demandaba en 2007 el acceso de estudiantes pobres a “carreras universitarias que no existen en las sedes municipales y donde se forman intelectuales, ingenieros, diplomáticos, científicos, etc.”. El sistema fue abandonado en 2010, provocando una rápida disminución en los índices de ingreso a la universidad (Almeida Junco, 2019). Fue probablemente en ese momento cuando la población de no blancos comenzó a quedar rezagada en términos de ingreso a la universidad, tal como advirtió la rectora Nicado en su intervención.

Los activistas también han denunciado, en repetidas ocasiones, “la escandalosa ausencia de personas negras en importantes sectores de la sociedad, que van desde

los medios masivos, pasando por los esplendorosos espacios turísticos y del mercado en divisas hasta las altas esferas del estado” (Zurbano, 2011). La falta de acceso al mercado en divisas se relaciona con tres factores importantes: (1) el acceso a las remesas, que han crecido exponencialmente en los últimos 25 años; (2) el acceso a trabajos que pagan salarios en moneda extranjera o que favorecen la recepción de propinas, como en las ocupaciones o negocios vinculados al turismo; y (3) el acceso al empleo independiente en el sector privado, sobre todo desde las reformas introducidas por Raúl Castro en 2010. En general, el sector no estatal, incluido el sector privado, en rápido crecimiento, paga salarios más altos y ofrece mayores oportunidades para la acumulación de capital que los trabajos en el sector público, donde los salarios siguen estando regulados y son, en consecuencia, más equitativos pero más bajos que en el sector no estatal.

Toda la evidencia disponible apunta a una menor representación de los no blancos en este sector privilegiado y pujante, no estatal, de la economía cubana. Una encuesta realizada en La Habana en el año 2000 detectó que el 70% de blancos trabaja en el sector estatal, comparado con el 81% de mulatos y el 84% de negros (Blue, 2007). De acuerdo con el censo de 2012, el 76% de blancos trabaja en el sector estatal, comparado con el 83% de negros y el 78% de mestizos. Los no blancos trabajan en mayor número en las empresas de propiedad cubana que en las compañías financiadas con capital mixto. Representan el 50% de los empleados en las “sociedades mercantiles cubanas”, comparado con el 28% en las empresas mixtas y el 29% en las empresas extranjeras, donde los salarios y los beneficios son sustancialmente mayores (ONEI, 2016, pp. 38-39).

Los afrocubanos también se han enfrentado a barreras importantes a la hora de acceder al sector privado, que está en expansión y que incluye el trabajo por cuenta propia en servicios vinculados al turismo, tales como el alquiler de alojamientos, los servicios gastronómicos en restaurantes y los servicios de transporte. Muchas de estas iniciativas son financiadas con remesas enviadas por familiares que viven en el exterior. Las remesas solían financiar el consumo, creando lo que CONEG describió en 1998 como “marcadas diferencias en el poder adquisitivo y en el nivel de vida de la población cubana” por color de piel (CONEG, 2009). Sin embargo, en la última década, las remesas han comenzado a financiar inversiones, convirtiéndose en motores de una mayor estratificación social. Dada la naturaleza racialmente diferenciada de estos flujos, en función de la composición sociodemográfica de los emigrados cubanos, sobre todo en el sur de la Florida, la estratificación adquiere dimensiones raciales.

Los beneficiarios de la mayoría de las remesas son blancos. De acuerdo con varias estimaciones, entre el 60% y 90% de los hogares blancos tienen familiares en el exterior, a diferencia del 30% al 40% entre los no blancos. Un estudio de campo realizado en Cuba entre 1996 y 2002 concluyó que los blancos tenían 2,5 veces más probabilidades que los negros y 2,2 veces más que los mestizos de recibir remesas (Espina Prieto y Rodríguez Ruiz, 2006). Sobre la base de los datos producidos por un estudio más reciente (Hansing y Hoffmann, 2019), calculamos que la tasa de recepción de remesas recibidas por blancos (76%) es muy superior a la de los no blancos (29%).

Dos factores adicionales, también destacados por organizaciones y activistas afrocubanos, acentúan los efectos racialmente diferenciados de estos flujos monetarios y de capital. Debido a desventajas históricas que no se erradicaron o no se redujeron significativamente durante las primeras décadas de la revolución, los afrocubanos estaban en una posición desventajosa para aprovechar las nuevas oportunidades que se abrieron en el trabajo por cuenta propia y el sector privado a partir de los 90. Como

ha destacado el CIR (2018), “[l]as ‘nuevas oportunidades’ demandan condiciones que no tiene la población afrocubana, cuyas mayorías no cuentan con capital para iniciar emprendimientos y enfrentar las incertidumbres y los retos de la economía. De manera específica, no cuenta ni con bienes muebles e inmuebles (viviendas, automóviles) adecuados para desarrollar las actividades económicas que ahora permite el estado”.

La afirmación del CIR es probablemente correcta. Alrededor del 5% de las más de 600.000 personas ahora registradas como trabajadores por cuenta propia alquilan sus propias viviendas. Otro 8% es propietario de negocios que se dedican a preparar y vender alimentos, posiblemente en los llamados “paladares”, es decir, restaurantes familiares (Silva Correa, 2019).⁸ Ambas actividades requieren contar con una vivienda adecuada o con recursos económicos para comprar y remodelar un lugar.

Como la población no blanca vive mayoritariamente en viviendas de peor calidad y ubicación, como indican algunos indicadores censales como el acceso al agua corriente dentro de la vivienda, se encuentra en gran desventaja para participar en estas actividades, sobre todo como propietarios y emprendedores. Los no blancos viven en gran número y están sobrerrepresentados en algunas de las municipalidades que atraen a la mayoría de los turistas en La Habana, como Habana Vieja y Centro Habana. Pero estas municipalidades también se caracterizan por sus viviendas precarias y deterioradas, como lo muestra la distribución regional de las “cuarterías” en la ciudad. En 1981 el 13% de todas las casas de La Habana estaban catalogadas como “solares o cuarterías”. La proporción era tres veces mayor en Centro Habana y casi cuatro veces más en Habana Vieja. El porcentaje de casas con servicios sanitarios colectivos en estas municipalidades era también tres o cuatro veces más alta que en el conjunto de la ciudad (Comité Estatal de Estadísticas –CEE–, 1984, p. 3: LXVII, CXXIV). Un estudio realizado en 2005 sobre la vivienda en La Habana, Santiago de Cuba y Santa Clara informó que el 96% de negros y el 69% de mestizos vivían en barrios populares densamente poblados, en comparación con el 58% de los blancos. Sólo un 4% de negros vivía en barrios “residenciales”, que se caracterizan por tener unidades de vivienda independientes levantadas sobre terreno propio. El estudio también detectó que el porcentaje de blancos que vivía en casas de vecindad (“solares, cuarterías y pasajes”) era sustancialmente menor que la proporción de mestizos, y sobre todo de negros, que vivían en esas condiciones (Núñez González, 2007).

A las típicas desventajas por ser afrocubano se suma el hecho de que prácticas abiertamente racistas y discriminatorias parecen ser no sólo toleradas, sino frecuentes, tanto en el sector privado en expansión, como en el sector público dolarizado (Duharte y Santos, 1997; Fuente, 2001; Sawyer, 2006; Cleland, 2017). Los activistas han denunciado reiteradamente la circulación de anuncios de empleo que especifican preferencias raciales y de género, además de establecer límites de edad, para ocupar puestos en esos sectores. A veces los anuncios simplemente hacen referencia a expresiones veladas, pero racializadas, como “presencia adecuada, buen porte y aspecto” –tal como publicó la empresa *estatal* Tiendas Caribe en un anuncio de 2017 en el que también se especificaban requerimientos de edad (menores de 35) y altura

⁸ El artículo habla de 617.974 trabajadores por cuenta propia, de los cuales 56.000 se dedican a la “elaboración y venta de alimentos” y 34.610 son “arrendadores de viviendas”. También se hace referencia a 160.206 “trabajadores contratados (asociados al transporte y a la elaboración y venta de alimentos)”.

(1,55 metros para las mujeres, 1,6 para los hombres)–. Es frecuente que los avisos de empleo, sobre todo en el sector privado, hagan referencia explícita a la raza y al género: “buscamos una muchacha joven para trabajar en restaurante... debe ser blanca, saber un poco de inglés y tener buena apariencia” (IPS, 2017). *Revolico.com*, la página de Internet dedicada a publicar anuncios, en la que muchos cubanos ofrecen o buscan todo tipo de bienes y servicios, suele postear anuncios que incluyen preferencias raciales bastante explícitas, como el publicado por “Omar”, el 21 de septiembre de 2019, en el que buscaba contratar a una persona para tareas de limpieza: “mujer confiable, con experiencia y de raza blanca”.⁹ Cuando una nueva discoteca en La Habana para turistas y cubanos acaudalados quiso contratar personal en 2017, postuló el siguiente anuncio público: “Se busca personal calificado con experiencia: dependientes (mujeres, trigueñas o rubias, de buena figura y con idiomas) y seguridad y protección (hombres fuertes de color)” (Jiménez Enoa, 2017).

En suma, los efectos combinados de los siguientes factores han ocasionado un aumento en la desigualdad de ingresos por motivos de raza: (1) desventajas históricas en materia de vivienda y otros recursos; (2) importantes disparidades raciales en el flujo monetario y de capital a través de remesas; (3) la retirada de un sector público que ya no ofrece oportunidades de gratificación material y avance social, como en el pasado; y (4) prácticas racistas en la selección y promoción de personal en el sector privado y en los segmentos que operan con divisas dentro del sector público.

Es sumamente difícil obtener información detallada sobre los ingresos que perciben los cubanos. Las personas reciben dinero de una gran diversidad de fuentes, incluidas las remesas y, dependiendo de su ocupación, de propinas. Más aún, sus ingresos pueden ser en diferentes tipos de moneda, incluido el devaluado peso cubano, el denominado “peso convertible cubano” o CUC (ahora en vías de desaparición) y en moneda fuerte (es decir, extranjera) que, en general, llega a través de canales privados no oficiales. Los cubanos también continúan recibiendo bienes y servicios subsidiados por el estado y esos recursos representan una fuente importante de ayuda para los sectores más vulnerables de la población. No obstante, es bien sabido que el valor de esos subsidios se ha visto erosionado significativamente en las últimas décadas.

A pesar de estas dificultades en el cálculo de ingresos, todos los estudios disponibles coinciden en una misma observación: los afrocubanos se concentran en los deciles más bajos de la estructura piramidal de ingresos y apenas aparecen representados en los niveles más altos de la misma (Ferriol *et al.*, 2004; Blue, 2007; Añé Aguiloché, 2005; Fuente, 2011). En uno de los estudios más recientes (y mejor realizados), Katrin Hansing y Bert Hoffmann (2019) identificaron que, mientras que el 95% de los afrocubanos gana menos de US\$3.000 por año, solo el 58% de los blancos se encuentra en esa misma categoría de ingresos. A la inversa, mientras que el 10% de blancos gana US\$20.000 o más por año, ningún afrocubano encuestado en el estudio entraba en esta categoría. Los autores también documentaron que el tipo de actividad y, por ende, el ingreso, también están racialmente estratificados entre quienes trabajan por cuenta propia en el sector privado. Mientras que los cubanos blancos predominan en el sector

⁹ Los avisos en *Revolico* no permanecen en línea, por lo que es difícil citarlos. Pero hemos hecho capturas de pantalla del aviso mencionado.

lucrativo del alojamiento turístico (arrendamiento de habitaciones en casas privadas), los afrocubanos están sobrerrepresentados en ocupaciones mucho menos lucrativas dentro de los trabajos por cuenta propia, como la venta de artesanías y los servicios. Como resultado, los autores informan que el 77% de los afrocubanos ganan mensualmente por ventas menos de 250 CUC, comparado con el 30% entre la población blanca. En el otro extremo del espectro, los autores revelan que el 31% de blancos incluidos en su estudio informaron ventas mensuales por 1.000 CUC o más, mientras que ningún encuestado afrocubano entraba en esa categoría de ingresos. Estas diferencias son públicas y conocidas. Las mismas son objeto constante de debate, sobre todo entre los afrocubanos, que se ven obligados a sortear estas barreras racializadas.

Existen otras prácticas que respaldan la sensación, compartida por académicos y activistas antirracistas, de que el racismo y la discriminación están creciendo en forma desenfrenada en la sociedad cubana, a pesar de que es difícil documentar este proceso con datos cuantitativos confiables. Entre ellos cabe destacar el acoso sistemático por parte de la policía, que trata a los afrocubanos como sospechosos de delitos en una amplia variedad de situaciones sociales, sobre todo cuando hay turistas involucrados; la circulación pública de epítetos racistas y de imágenes, bromas y comentarios racialmente cargados, incluso en los medios de comunicación estatales; y la implementación de prácticas abiertamente racistas en el sector privado en crecimiento, no sólo en términos de empleo, sino también en términos de acceso y admisión en esos establecimientos (Fowler Calzada, 2015; DDC, 2018; Saunders, 2015; Perry, 2016; Clealand, 2017; Jiménez Enoa, 2017; Abreu, 2019b). Estas prácticas, epítetos y exclusiones se fundan en la creencia, generalizada incluso entre cubanos con altos niveles de educación, de que existen diferentes razas humanas en el sentido biológico, y que las mismas pueden ser identificadas a través de una variedad de rasgos fenotípicos como el color de piel, la textura del cabello, etc. (Martínez Fuentes y Fernández Díaz, 2006).¹⁰

(7) Conclusiones

Nuestro análisis sobre la desigualdad racial en Cuba desde la década de 1980 indica que es posible sostener narrativas radicalmente diferentes sobre el racismo, la desigualdad y la discriminación que imperan en la sociedad cubana. Por una parte, de acuerdo con datos censales, Cuba sigue siendo un país sorprendentemente igualitario en varios indicadores importantes de estratificación racial, en claro contraste, por ejemplo, con EEUU y Brasil. Esas áreas de igualdad racial incluyen el acceso a la educación, la salud, los trabajos administrativos y los puestos de liderazgo dentro del gobierno. Como resultado, los autores del informe del censo de 2012 han planteado que el término “afrodescendiente”, promovido por organizaciones y activistas antirracistas en América Latina desde principios de los años 2000, no es “aplicable” en Cuba. Dicha categoría, argumentan los autores, está “asociada a una marginación y discriminación abierta”, situación que no se observa en Cuba (ONEI, 2016, p. 9). No obstante, el hecho de que muchos activistas y organizaciones antirracistas de la isla invoquen y reivindiquen el uso de este término, como lo hace la Red Barrial Afrodescendiente, subraya la existencia y el poder de otras visiones y experiencias sobre la discriminación

¹⁰ Los autores del estudio (Martínez Fuentes y Fernández Díaz, 2006) entrevistaron a personal médico de Cuba (médicos, psicólogos y enfermeros universitarios) y les preguntaron si creían en “la existencia de razas humanas”. El 80% de los encuestados respondió afirmativamente.

racial en la sociedad cubana. Estos activistas hablan precisamente del tipo de marginalización y exclusión que denuncian muchos de sus pares de América Latina. Tal como afirma uno de estos activistas (Cuesta Morúa, 2020), en Cuba “el racismo es estructural”. Más aún, como demostramos anteriormente, existe amplia evidencia para respaldar esa afirmación.

¿Cómo pueden coexistir perspectivas tan contradictorias sobre la igualdad y la discriminación racial? El igualitarismo social en Cuba está asociado al sector público, cuya predominancia en la década de los 80 era abrumadora. Al igual que en EEUU, donde el empleo público fue un motor importante para la movilidad social de los afroamericanos (Wilson, 2011), en Cuba este sector fue una fuente importante de acceso a beneficios sociales, incluido el salario, que se canalizaron a través de políticas universales que funcionaron como motores de la igualdad racial (y otras formas de igualdad social). Los trabajos profesionales y gerenciales en el sector estatal otorgaban prestigio, oportunidades y, dentro del contexto cubano, cierto grado de bienestar material. En las últimas tres décadas, sin embargo, el sector público cubano se ha retraído, erosionando así algunas de las bases del socialismo igualitario del pasado. De acuerdo con el censo de 2012, cerca de un quinto de la población económicamente activa pertenecía al sector no estatal; ese porcentaje había aumentado al 32% para mediados de 2019 (Fuentes Puebla, 2019). Los no blancos están sobrerrepresentados en el sector estatal, donde los salarios son considerablemente más bajos.

Los ingresos, una métrica clave de la desigualdad y una variable crucial de la movilidad social, son considerablemente más altos en el sector no estatal de la economía. Sin embargo, los no blancos están sumamente subrepresentados en este sector, en parte por su falta de acceso a bienes capitales (viviendas) y a los mercados de crédito (por vía de las remesas). Pero incluso los negros y mestizos que consiguen obtener un trabajo en dicho sector afrontan barreras racializadas que limitan sus oportunidades a partir de nociones racistas sobre sus habilidades, educación, belleza, etc. Alrededor de la mitad de los trabajadores del sector no estatal son cuentapropistas o trabajan en el sector privado en expansión, precisamente donde predomina la discriminación racial. En este sector de la economía cubana, caracterizado por su rápido crecimiento y mejor nivel de remuneración, las prácticas abiertamente racistas en la selección, promoción y distribución de empleos están generando una inmensa desigualdad en los ingresos por color de piel.

No tenemos evidencias para afirmar que los datos recogidos por los censos han sido falseados. Pero los mismos ofrecen un panorama de igualdad que puede ser engañoso o, como mínimo, parcial. Un ejemplo son los indicadores de desempeño educativo. Los censos de 2002 y 2012 sugieren que los cubanos no blancos podían acceder a la educación universitaria en porcentajes bastante similares a su proporción dentro de la población total. Sin embargo, estas cifras están distorsionadas por la dramática expansión de oportunidades educativas producto de la “municipalización” de la formación universitaria, que permitió enmascarar las diferencias que se presentaban en el acceso a los centros universitarios más rigurosos y competitivos del país. Tal como argumentamos antes, si observamos cuidadosamente la cohorte de 25 a 29 años en el censo de 2012, los negros están quedando rezagados en este campo.

En cuanto a la educación en su relación con los ingresos, debemos considerar que esta asociación es muy compleja y cada vez más contradictoria en Cuba. En general, la centralidad que tiene la educación en la movilidad social ascendente se funda en la noción de los retornos que proporciona la educación en forma de ingresos, tal como establecen las teorías sobre capital humano (Borjas, 2004). Según las mismas, un

mayor acceso a la educación es clave para la movilidad social en términos del aumento en los ingresos de un individuo. La igualdad de acceso a la educación debería mitigar contra la estratificación racial. Pero en la Cuba actual, los mayores ingresos dependen cada vez más del acceso a los sectores no estatales de la economía, especialmente en el sector privado, no de la educación. Y es en dicho sector donde la estratificación por color de piel es más obvia y pronunciada. La discriminación racial en el sector no estatal ha transformado el ser blanco en un activo. Ser blanco facilita el acceso a mayores ingresos y erosiona, al mismo tiempo, el valor del nivel educacional, que fue crucial en promover la igualdad racial de los ingresos hasta la década de los 80.

El ejemplo cubano sugiere, entonces, que la igualdad racial en áreas e indicadores claves como el acceso a la educación pública puede coexistir con ideologías y prácticas racistas como las que dan lugar a la estratificación racial en el sector privado. La dinámica de la estructuración racial, entonces, es compleja; el racismo y su atenuación pueden coincidir en el mismo espacio o bien pueden ocupar diferentes dimensiones. Livio Sansone (2003) catalogó esa coexistencia en áreas “duras” y “suaves” del racismo, tomando la experiencia racial de Brasil, donde el color de piel es vivido como decisivo por unos o considerado irrelevante por otros. Las áreas “duras” están marcadas por la exclusión, como en algunos sectores del mercado de trabajo, y las “blandas” por la inclusión, como las actividades de ocio. El sociólogo Edward Telles (2004) también estudia la multidimensionalidad de las dinámicas raciales en Brasil, donde yuxtapone la sociabilidad horizontal a la jerarquización vertical. Hacer énfasis sobre el primer eje, es decir, sobre las relaciones interpersonales, lleva a conclusiones muy diferentes a un análisis centrado en el segundo, es decir, en las relaciones de poder y la distribución de los ingresos. Nuestros hallazgos y argumentos encuentran eco en esos trabajos, así como en las recientes y reveladoras investigaciones llevadas a cabo por Telles y Esteve (2019). En su estudio comparado de matrimonios interraciales en Brasil, EEUU y Cuba, los autores encontraron que los mismos son considerablemente menos frecuentes en Cuba que en Brasil, aun cuando este último país es mucho más desigual en muchos otros parámetros. En otras palabras, la equidad racial en Cuba no se traduce en niveles más altos de sociabilidad interracial, como podría esperarse. En la terminología de Sansone, el mercado matrimonial sigue siendo un espacio del racismo “duro” en Cuba, con un alto grado de segregación racial; de acuerdo con el marco de Telles, podría decirse que la dimensión horizontal o interpersonal de sociabilidad racial en Cuba está caracterizada por altos niveles de tensión.

Es necesario realizar nuevas investigaciones empíricas en esta y otras áreas a fin de evaluar mejor la multidimensionalidad, e incluso las experiencias contradictorias, del color de piel en Cuba y analizar cómo, más allá de las inclinaciones políticas y las disputas ideológicas, los niveles y espacios de desigualdad racial pueden estar cambiando en la isla. También es importante señalar que, como ya lo han expresado reiteradamente los activistas, hay áreas clave de la vida cubana donde la desigualdad racial está aumentando rápidamente y donde las prácticas racistas están generalizándose y naturalizándose cada vez más. Los resultados censales cuentan una historia importante, pero no cuentan toda la historia. Tal como mencionamos al principio del trabajo, las autoridades cubanas anunciaron en 2019 un programa nacional contra el racismo. Ningún programa tendrá éxito si no dispone de datos e investigaciones serias que recurran a múltiples estrategias analíticas y fuentes de información. Esperamos que este trabajo contribuya a esos esfuerzos.

Referencias

- Abreu, Alberto (2019a), "El racismo en Cuba no es sólo estructural, también epistémico", *HyperMedia Magazine*, diciembre, <https://www.hypermediamagazine.com/dosiereshm/contra-el-racismo/racismo-en-cuba/> (último acceso 10/I/2020).
- Abreu, Alberto (2019b), "Carta abierta a Alfonso Noya Martínez, Director del Instituto Cubano de Radio y Televisión", *Afromodernidad*, 15/XI/2019, <https://afromoderno.wordpress.com/2019/11/15/carta-abierta-a-alfonso-noya-martinez-director-del-instituto-cubano-de-radio-y-television-icrt-por-alberto-abreu-arcaia/> (último acceso 15/II/2020).
- Aguirre, Benigno (1976), "Differential migration of Cuban social races: a review and interpretation of the problema", *Latin American Research Review*, vol. 11, nº 1, pp. 103-124.
- Aguirre, Benigno, y Eduardo Bonilla Silva (2002), "Does race matter among Cuban immigrants? An analysis of the racial characteristics of recent Cuban immigrants", *Journal of Latin American Studies*, vol. 34, nº 2, pp. 311-324.
- Aguirre, Benigno, y Roberto J. Vichot (1998), "The reliability of Cuba's educational statistics", *Comparative Education Review*, vol. 42, nº 2, mayo, pp. 118-138.
- Alberto, Paulina (2009), "When Rio was black: soul music, national culture, and the politics of racial comparison in 1970s Brazil", *Hispanic American Historical Review*, vol. 89, nº 1, pp. 3-39.
- Albizu-Campos, Juan C. (2008), "Contrapunteo cubano de la muerte y el color", *Novedades de Población*, vol. 4, nº 7, pp. 74-226.
- Allard, Jean-Guy, Marina Menéndez y Deysi Francis Mexidor (2011), "Las razones de Cuba: ¿agentes para el cambio?", *Granma*, 15/III/2011.
- Almeida Junco, Yulexis (2019), "Educación superior, género y color de la piel: una breve reflexión sobre la implementación de políticas de amplio acceso en el contexto cubano", *Cuban Studies*, nº 48, pp. 109-28.
- Andrews, George Reid (1992), "Racial inequality in Brazil and the United States: a statistical comparison", *Journal of Social History*, vol. 26, nº 2, pp. 229-63.
- Andrews, George Reid (2014), "Racial inequality in Brazil and the United States, 1990-2010", *Journal of Social History*, vol. 47, nº 4, pp. 829-854.
- Añé Aguiloché, Lia (2005), "Contribución a los estudios de pobreza en Cuba. Una caracterización de la capital", https://www.focal.ca/pdf/cuba_Ane%20Aguiloché_reforma%20economica%20poblacion%20Habana_July%202005_Mexico.pdf (último acceso 20/I/2020).
- Ayorinde, Christine (2004), *Afro-Cuban Religiosity, Revolution, and National Identity*, University of Florida Press, Gainesville.
- Benson, Devyn S. (2016), *Antiracism in Cuba: The Unfinished Revolution*, University of North Carolina Press, Chapel Hill.
- Benson, Devyn S. (2018), "Sara Gómez: afrocubana (Afro-Cuban Women's) activism after 1961", *Cuban Studies*, nº 46, pp. 134-58.
- Berry, Maya (2019), "La movilización del tema afrodescendiente en la Habana, 2012-2014: un estudio de las posibilidades del performance", *Cuban Studies*, nº 48, pp. 276-302.
- Blue, Sarah A. (2007), "The erosion of racial equality in post-Soviet Cuba", *Latin American Politics and Society*, vol. 49, nº 3, pp. 35-68.
- Borjas, George (2004), *Labor Economics*, 3ª edición, McGraw-Hill, Nueva York.
- Cabrera Pérez, Carlos (2019), "La Rectora de la Universidad de la Habana provoca

- estupor en el claustro”, *CiberCuba*, 8/X/2019, <https://www.cibercuba.com/noticias/2019-10-08-u191143-e42839-s27061-rectora-universidad-habana-provoca-estupor-claustro> (último acceso 17/XII/2019).
- Cannon, Terry, y Johnetta Cole (1978), *Free and Equal. The End of Racial Discrimination in Cuba*, The Venceremos Brigade, Nueva York.
- Casal, Lourdes (1979), *Revolution and Race: Blacks in Contemporary Cuba*, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington DC.
- Casamayor Cisneros, Odette (2019), “Elogio del ‘apalancamiento’: perspectivas ante la pervivencia y reproducción de la desigualdad, los prejuicios y la discriminación raciales en la sociedad cubana actual”, *Cuban Studies*, nº 48, pp. 303-327.
- Castro Fidel (2003), “Discurso en la clausura del Congreso de Pedagogía 2003”, 7/II/2003, <http://www.fidelcastro.cu/es/discursos/clausura-del-congreso-pedagogia-2003> (último acceso 18/I/2020).
- Castro, Raúl (2009), “Es preciso caminar hacia el futuro”, *Granma*, 21/XII/2009.
- Castro, Raúl (2011), “Informe Central presentado por el compañero Raúl”, *Granma*, 17/IV(2011).
- Castro, Raúl (2016), “Informe Central al VII Congreso del Partido Comunista de Cuba”, *Granma*, 17/IV/2016.
- CEE (Comité Estatal de Estadísticas) (1984), *Censo de población y viviendas, 1981. Provincia de Ciudad de la Habana*, INSIE, La Habana.
- Chávez Álvarez, Ernesto, y Carlos Villarroel Sandoval (1975), *Las estadísticas demográficas cubanas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- CIR (Comité Ciudadanos por la Integración Racial) (2018), “Informe para el Comité para la Eliminación de la Discriminación Racial”, <https://negracubanateniaqueser.com/2018/08/19/comite-ciudadanos-por-la-integracion-racial-cir-informe-para-el-comite-para-la-eliminacion-de-la-discriminacion-racial-2018/> (último acceso 5/I/2020).
- Cleland, Danielle Pilar (2017), *The Power of Race in Cuba: Racial Ideology and Black Consciousness During the Revolution*, Oxford University Press, Nueva York.
- CONEG (Cofradía de la Negritud) (2009), “La Cofradía de la Negritud: un proyecto de acción ciudadana contra la discriminación racial”, *Encuentro de la Cultura Cubana*, nº 54, pp. 106-115.
- CONEG (Cofradía de la Negritud) (2019), “Carta Abierta de la Cofradía de la Negritud al Presidente de los Consejos de Estrado y de Ministros”, 15/VIII/2019, <https://www.ipscuba.net/archivo/carta-abierta-de-la-cofradia-de-la-negritud-al-presidente-de-los-consejos-de-estrado-y-de-ministros/> (último acceso 5/I/2020).
- Cooper, Richard S., et al. (2006), “Review: health in Cuba”, *International Journal of Epidemiology*, nº 35, pp. 817-824.
- Cuesta Morúa, Manuel (2020), “El racismo es estructural”, *Diario de Cuba*, 6/VI/2020, https://diariodecuba.com/derechos-humanos/1591433585_22777.html (último acceso 6/VI/2020).
- DDC (Diario de Cuba) (2018), “Si eres negro y cubano, mejor aléjate de Trinidad”, *Diario de Cuba*, 21/III/2018, https://diariodecuba.com/cuba/1521628198_38150.html (último acceso 21/III/2018).
- Díaz-Canel, Miguel (2019), “Díaz-Canel en el Consejo de Ministros”, *Granma*, 21XI/2019).
- Duarte, Rafael, y Elsa Santos (1997), *El fantasma de la esclavitud: prejuicios raciales en Cuba y América Latina*, Pahl-Rugenstein, Bonn.
- Espina Prieto, Rodrigo, y Pablo Rodríguez Ruiz (2006), “Raza y desigualdad en la Cuba actual”, *Temas*, nº 45, enero-marzo, pp. 44-54.
- Fernandes, Sujatha (2006), *Cuba Represent! Cuban Arts, State Power, and the Making of New Revolutionary Cultures*, Duke University Press, Durham, NC.
- Fernández, Nadine (1996), “The color of love: young interracial couples in Cuba”, *Latin*

- American Perspectives*, vol. 23, nº 1, pp. 99-117.
- Fernández Robaina, Tomás (1990), *El negro en Cuba 1902-1958. Apuntes para la historia de la lucha contra la discriminación racial*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- Ferriol, Angela, Maribel Ramos y Lia Ane (2004), *Reforma económica y población en condiciones de riesgo en Ciudad de la Habana*, INIES, La Habana.
- Fowler Calzada, Víctor (2015), "Ni el más pequeño acto de racismo es pequeño". 25/III/2015, <https://negracubanateniaqueser.com/2015/03/26/victor-fowler-ni-el-mas-pequeno-actode-racismo-es-pequeno/> (último acceso 14/XI/2019).
- Fuente, Alejandro de la (1995), "Race and inequality in Cuba, 1899-1981", *Journal of Contemporary History*, vol. 30, nº 1, pp. 131-67.
- Fuente, Alejandro de la (2001), *A Nation for All: Race, Inequality, and Politics in Twentieth Century Cuba*, University of North Carolina Press, Chapel Hill.
- Fuente, Alejandro de la (2008), "The new Afro-Cuban cultural movement and the debate on race in contemporary Cuba", *Journal of Latin American Studies*, vol. 40, nº 4, noviembre, pp. 697-720.
- Fuente, Alejandro de la (2011), "Race and income inequality in contemporary Cuba", *NACLA Report on the Americas*, julio-agosto, pp. 30-33.
- Fuente, Alejandro de la (2012), "'Tengo una raza oscura y discriminada...' El movimiento afrocubano: hacia un programa consensuado", *Nueva Sociedad*, , nº 242, noviembre-diciembre, pp. 92-105.
- Fuente, Alejandro de la (2013), *Grupo Antillano: The Art of Afro-Cuba*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh.
- Fuente, Alejandro de la, y Laurence Glasco (1997), "Are blacks 'getting out of control'? Racial attitudes, revolution, and political transition in Cuba", en Miguel A. Centeno y Mauricio Font (eds.), *Toward a New Cuba? Legacies of a Revolution*, Rienner Publishers, Boulder, pp. 53-71.
- Fuentes Puebla, Thalía (2019), "Congreso de la CTC analiza principales inquietudes de los trabajadores cuentapropistas", *Cubadebate*, 22/IV/2019, <http://www.cubadebate.cu/noticias/2019/04/22/congreso-de-la-ctc-analiza-principales-inquietudes-de-los-trabajadores-cuentapropistas/#.XueMdWpKgWM> (último acceso 12/II/2020).
- González, Roberto M. (2015), "Infant mortality in Cuba: myth and reality", *Cuban Studies*, nº 43, pp. 19-39.
- Guerra, Lillian (2012), *Visions of Power in Cuba: Revolution, Redemption and Resistance, 1959 1971*, University of North Carolina Press, Chapel Hill.
- Guerra, Lillian (2019), "Poder negro in Revolutionary Cuba: black consciousness, communism, and the challenge of solidarity", *Hispanic American Historical Review*, vol. 99, nº 4, pp. 681-718.
- Guerrero, Dianet (2018), "¿Cómo está conformada la candidatura al Parlamento cubano?", *Cubadebate*, 31/I/2018, <http://www.cubadebate.cu/especiales/2018/01/31/como-esta-conformada-la-candidatura-al-parlamento-cubano-infografias/#.Xt1oMmpKgWM> (último acceso 7/VI/2020).
- Guridy, Frank (2010), *Forging Diaspora: Afro-Cubans and African Americans in a World of Empire and Jim Crow*, University of North Carolina Press, Chapel Hill.
- Hanchard, Michael (1994), *Orpheus and Power: The Movimento Negro of Rio de Janeiro and São Paulo, Brazil, 1945-1988*, Princeton University Press, Princeton.
- Hansing, Katrin, y Bert Hoffmann (2019), "Cuba's new social structure: assessing the re-stratification of Cuban society 60 years after the Revolution", *GIGA Working Papers*, nº 315, <https://www.giga-hamburg.de/de/publication/cubas-new-social-structure-assessing-the-re-stratification-of-cuban-society-60-years> (último acceso 12/VIII/2019).

- Helg, Aline (1995), *Our Rightful Share. The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill.
- Hicks, Anasa (2017), "Hierarchies at home: a history of domestic service in Cuba from abolition to revolution", tesis doctoral, New York University.
- Horst, Jesse (2016), "Sleeping on the ashes: slum clearance in Havana in an age of revolution, 1933-1965", tesis doctoral, University of Pittsburgh.
- INSIE (Cuba, Comité Estatal de Estadísticas, Instituto de Investigaciones Estadísticas) (1985), *Censo de población y viviendas 1981. La población de Cuba según el color de la piel*, INSIE, La Habana.
- IPS (Inter Press Service, Cuba) (2017), "Anuncios clasificados develan discriminación en el mercado laboral cubano", 17/VII/2017, <https://www.ipscuba.net/genero/anuncios-clasificados-develan-discriminacion-en-el-mercado-laboral-cubano/> (último acceso 3/X/2018).
- Jiménez Enoa, Abraham (2017), "El racismo oculto en la oscuridad de las noches habaneras", *Vice*, 7/VIII/2017, https://www.vice.com/es_latam/article/vbv5qa/el-racismo-oculto-en-la-oscuridad-de-las-noches-habaneras (último acceso 2/II/2019).
- Johnson III, Ollie A. (1998), "Racial representation and black Brazilian politics: black members of the National Congress, 1983-1999", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 40, nº 4, pp. 97-118.
- Loveman, Mara (2014), *National Colors: Racial Classification and the State in Latin America*, Oxford University Press, Nueva York.
- Martínez Fuentes, Antonio J., e Ivonne E. Fernández Díaz (2006), "¿Es la raza un criterio útil en la práctica médica?", *Revista Cubana de Medicina General Integral*, vol. 22, nº 1, https://www.researchgate.net/publication/237832728_Es_la_raza_un_criterio_util_en_la_practica_medica (último acceso 16/I/2020).
- Moore, Carlos (1988), *Castro, the Blacks, and Africa*, UCLA Center for Afro-American Studies, Los Ángeles.
- Morales, Esteban (2018), "El tema racial en Cuba y el Informe a Naciones Unidas del 2018: un balance crítico", 12/VIII/2018, <https://negracubanateniaqueser.com/2018/08/26/el-tema-racial-en-cuba-y-el-informe-a-naciones-unidas-del-2018-un-balance-critico/> (último acceso 5/I/2020).
- Núñez González, Niurka (2007), "A propósito de las relaciones raciales en Cuba: algunas dinámicas espaciales urbanas", *Catauro: Revista Cubana de Antropología*, vol. 9, nº 16, pp. 4-20.
- ONEI (Oficina Nacional de Estadísticas e Información) (2005), *Informe nacional: Censo de Población y Viviendas, Cuba 2002*, ONEI, La Habana.
- ONEI (2014), *Informe nacional: Censo de Población y Viviendas, Cuba 2012*, ONEI, La Habana.
- ONEI (2016), *El Color de la Piel según el Censo de Población y Viviendas de 2012*, ONEI, La Habana.
- Pappademos, Melina (2011), *Black Political Activism and the Cuban Republic*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill.
- Pedraza, Silvia (1996), "Cuba's refugees: manifold migrations", en Silvia Pedraza y Rubén G. Rumbaut (eds.), *Origins and Destinies: Immigration, Race, and Ethnicity in America*, Wadsworth Publishing, Belmont, pp. 263-279.
- Pérez-Sarduy, Pedro, y Jean Stubbs (2000), *Afro-Cuban Voices: On Race and Identity in Contemporary Cuba*, University Press of Florida, Gainesville.
- Perry, Marc D. (2016), *Negro Soy Yo: Hip Hop and Raced Citizenship in Neoliberal Cuba*, Duke University Press, Durham.
- Reyes Rodríguez, Rodolfo (2018), "Intervención... en la presentación del Informe Periódico de Cuba al Comité para la Eliminación de la Discriminación Racial", 15/VIII/2018, <https://negracubanateniaqueser.com/2018/08/19/informe-periodico->

- de-cuba-al-comite-para-la-eliminacion-de-la-discriminacion-racial-2018/ (último acceso 3/1/2020).
- Robles, Frances, y Azan Ahmed (2018), "More black officials in power in Cuba as leadership changes", *New York Times*, 22/IV/2018.
- Sansone, Livio (2003), *Blackness without Ethnicity: Constructing Race in Brazil*, Palgrave Macmillan, Nueva York.
- Saunders, Tanya L. (2015), *Cuban Underground Hip Hop: Black Thoughts, Black Revolution, Black Modernity*, University of Texas Press, Austin.
- Sawyer, Mark (2006), *Racial Politics in Postrevolutionary Cuba*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Serviat, Pedro (1986), *El problema negro en Cuba y su solución definitiva*, Editora Política, La Habana.
- Silva Correa, Yenia (2019), "Nuevas normas jurídicas para el trabajo por cuenta propia", *Granma*, 5/XI/2019.
- Telles, Edward E. (2004), *Race in Another America: The Significance of Skin Color in Brazil*. Princeton University Press, Princeton, NJ.
- Telles, Edward, y Albert Esteve (2019), "Racial intermarriage in the Americas", *Sociological Science*, nº 6, pp. 293-320.
- Wilson, William Julius (2011), "The declining significance of race: revisited & revised", *Daedalus*, vol. 140, nº 2, pp. 55-69.
- Zurbano, Roberto (2011), "Doce dificultades para enfrentar al (neo)racismo y doce razones para abrir el (otro) debate", <https://www.geledes.org.br/cuba-doce-dificultades-para-enfrentaral-neoracismo-e-doce-razones-para-abrir-el-otro-debate/>